

PRODIGIO EN KRONKAI

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



PRODIGIO EN KRONKAI

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

556. — *Me enamoré de un robot*. Joseph Berna.

557. — *El ojo galáctico.* Ralph Barby.

558. — *La batalla de Sarkamat.* A. Thorkent.

559. — El *robot que quiso ser rey.* Glenn Parrish.

560. — *El peligro latente de* Mhurg. A. Thorkent.

KELLTOM McINTIRE

PRODIGIO EN KRONKAI

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 561

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 8.895 – 1981

Impreso en España — Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1981

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

El profesor Landfield permitió un descanso cuando Angela se desmayó por tercera vez.

—Es el calor de este maldito planeta —maldijo sordamente el obeso ingeniero Young. Y consultó por enésima vez su termómetro de bolsillo.

También yo miré por encima de su hombro y vi que el termómetro marcaba sesenta y dos grados.

—No vale la pena seguir. No vamos a ninguna parte. Moriremos irremisiblemente —barbotó groseramente el capitán Brozinski.

—¡Cállese! —le ordenó secamente el mayor Fane, que se había inclinado ansiosamente sobre su hija.

El corpulento Brozinski se dejó caer pesadamente del carruaje. Y dirigió a Fane una fría mirada, plena de rencor.

—No voy a permitir que siga dándome órdenes, mayor —bramó sordamente—. Estamos muy lejos de Xahuantah y probablemente jamás regresaremos allá. Conque hágase a la idea de que los grados y las jerarquías han desaparecido.

—Me repetirá eso mismo más tarde, capitán —el mayor contempló a Brozinski un momento, fijamente. Después devolvió la atención a su hija, a la que trataba de reanimar el profesor Landfield.

La desesperación se había apoderado de todos, pero muy especialmente del capitán Yurislaw Brozinski. Aquel musculoso hombretón que tantas pruebas de fortaleza y serenidad había dado siempre, comenzaba a perder el ánimo, era evidente.

En realidad, a quien menos afectaba la grave situación era a mí, el explorador Mark McLean.

Yo era consciente de que tanto me daba morir en los páramos desolados del desierto Kassi que ante el pelotón de fusilamiento, allá en el distante campamento-base de Xahuantah.

En cierto modo, casi prefería terminar aquí. Y no es que me fuera muy agradable: nos encontrábamos en el centro del desierto Kassi, a más de mil kilómetros de las sabanas y los bosques.

Me erguí un poco dentro del carromato prehistórico que Brozinski había robado en una aldea indígena.

El panorama que contemplaron mis ojos era desolador. La vista se perdía hasta el remoto horizonte por encima de una dilatada sucesión de barrancos profundos, mesetas de docenas de kilómetros de extensión y áridos picachos de cuatro a seis mil metros de altura.

Hasta ahora habíamos seguido una zigzagueante ruta a través de una cordillera que describía una curva desde el nordeste al sudoeste. Young no se atrevía a descender hacia los desfiladeros, donde probablemente la temperatura sería menos tórrida. Y en cierto modo tenía razón: ¿quién podría asegurarnos que, una vez abajo, nos sería posible volver a las alturas, encontrar un paso que nos permitiera proseguir el camino hacia el sudoeste?

El viejo *sox*, un buey indígena de dos mil kilos de peso y anchísima cornamenta, vacilaba sobre sus patas. El pobre animal había arrastrado el pesado carromato a lo largo de unos cuatrocientos kilómetros. Apenas había comido ni bebido. Y en las actuales circunstancias era absurdo esperar que encontraríamos, al menos, un manantial.

No vi un solo bicho viviente en todo lo que abarcaba la vista. No podíamos ver el sol, pues en el hemisferio sur de Zeleff era verano y aquella zona tórrida se caracterizaba por las terribles canículas que alzaban en el aire neblinas impenetrables.

El firmamento tenía un tono amarillento, que aumentaba la sensación de bochorno. El aire quemaba nuestras mejillas, pero el suelo ardía literalmente. Buena prueba de ello era que el capitán Brozinski había preferido volver «a bordo», antes que soportar que las plantas de sus pies se cubriesen de vejigas.

El *sox* vaciló sobre sus patas. El animal, que apenas podía con su pesada y larguísima cuerna, debía haber perdido cuatrocientos kilos de peso en la terrible caminata. Aquella descomunal mole, que poseía unas fuerzas increíbles, hubiera podido soltarse fácilmente de sus arreos y embestir contra nosotros o escapar hacia algún lugar donde encontrar el preciado líquido del que dependía tanto su vida como las nuestras. Y sin embargo, el animal seguía dócilmente uncido al carromato, que hasta entonces había venido guiando el gordísimo ingeniero Albert Young.

Volví a dejarme caer al fondo del carruaje de ruedas macizas y sonreí sin ganas.

—Imaginar que a Young le encanta pilotar velocísimas aeronaves. ¡Y ahora tiene que contentarse con guiar un viejo carromato tirado por un buey agonizante! —pensé.

Brozinski me dirigió una mirada envenenada y luego apartó mis piernas —que al parecer le estorbaban— de un feroz patadón.

—Quíteme las esposas —le pedí—. Están demasiado aprendas. Me están congestionando las manos. ¡Vamos, quítemelas! ¿Qué pueden temer de mí en estas circunstancias? No podría escapar.

Sonrió cruelmente.

—*Yo no temo a nada,* estúpido. Sencillamente, me gusta ver sufrir a los tipos como usted, McLean —especificó con todo cinismo.

Oí un quejido próximo.

Angela Fane acababa de volver en sí. Para conseguirlo, el profesor Landfield —la única persona serena y humanitaria del pequeño grupo — le había refrescado las sienes con el resto del agua que quedaba en un depósito de plástico. Y ahora, después de incorporar a la joven, agotó las últimas gotas introduciendo el gollete entre sus labios.

Angela se irguió y me dirigió una mirada llena de ansiedad. Al verme pareció tranquilizarse, pero yo separé la mirada de su bello rostro, que comenzaba ya a cubrirse de las costras que dejaban las pústulas al estallar.

Verdaderamente, todos presentaban un aspecto lamentable. Al mayor Fane, por ejemplo, comenzaba a caérsele el cabello. En cuanto al obeso Albert Young, su rostro y sus brazos aparecían tan rojos como un cangrejo cocido. Brozinski, más moreno, había soportado mejor el rigor de los rayos del sol de los días anteriores y el profesor Landfield —56 años, el más viejo de todos— había sufrido una insolación, días atrás, que estuvo a punto de acabar con él.

Aunque se había recuperado un tanto, sus ojos tenían un brillo mortecino. Como no disponía de sombrero, le habían arrollado unas tiras de tela alrededor del cráneo, lo cual le daba una grotesca apariencia exótica.

A mi me habían quitado el salacot para cedérselo a Angela. Por ahora, yo no sufría de pústulas ni costras, pero en cuanto comenzase a deshidratarme surgirían los mismos problemas que sufrían los demás.

—Sigamos —ordenó el mayor Fane al ingeniero Young, que hincó una larga vara en los cuartos traseros del buey.

Fue como si al animal le hubieran aplicado una eléctrica descarga mortal: inmediatamente sus patas se doblaron y el *sox* se desplomó pesadamente.

Brozinski maldijo entre dientes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Landfield, más pálido de lo normal.

—Poca cosa —respondió Young, con desgana—. Ha caído fulminado. Tendremos que abandonar el carruaje.

El ingeniero se descolgó al suelo desmañadamente. Y los demás le imitaron. Ninguno de ellos reparó en mí. Pero cuando salté al suelo por encima de los toscos varales, comprobé que el *sox* todavía respiraba.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el mayor, desolado.

Sujetaba a Angela por la cintura y su mirada describió un círculo hacia el desolador panorama que nos rodeaba.

—Podemos hacer algo —dije.

Aunque Fane me odiaba hasta las heces, la gravedad de la situación le movió a dedicarme un mínimo de atención.

—¿Qué? —dijo.

—Beber la sangre del *sox* y cargar con toda la carne que podamos llevar encima —respondí.

Inmediatamente las facciones de todos se distendieron en un rictus de repugnancia.

Hágalo usted si quiere. ¡Beber sangre…! —Fane escupió en el suelo—. No me extraña en un hombre como usted.

—Quítenme las esposas —pedí—. Y préstenme un cuchillo.

El mayor vaciló.

—Déjele el suyo, Young —ordenó—. Y quítenle las esposas.

Brozinski obedeció de mala gana.

En cuanto tuve las manos libres froté vigorosamente mis congestionados brazos hasta que la sangre circuló libremente en mis venas.

Young me arrojó un cuchillo sobre el polvo.

Cuando me alcé con el cuchillo, mis cinco «camaradas» se habían alejado del carruaje.

Reía a carcajadas.

—¡La élite de Xahuantah! —me burlé—. Son incapaces de beber un poco de sangre de buey para sobrevivir, pero no lev importa acosar a un hombre hasta arrancarle la piel a tiras.

Angela se volvió un momento y me miró.

Pero yo le di ostensiblemente la espalda y me incliné sobre el *sox*.

—Lo siento, viejo amigo. Pero voy a ahorrarte inútiles sufrimientos —murmuré.

Y le apuntillé expeditivamente.

Una incisión en el cuello provocó un chorrito de sangre. Tampoco a mi me gustaba aquello, pero era preciso si quería seguir viviendo.

Bebí hasta que las náuseas me impidieron seguir haciéndolo. Sin embargo, hice un esfuerzo sobrehumano para evitar vomitar.

Luego corté un gran pedazo de carne magra de los cuartos traseros del animal, me lo eché al hombro y me alejé cuesta abajo en pos de Angela y los demás.

Por un momento estuve a punto de apartarme de ellos y escoger un rumbo diferente. Pero comprendí que sin ellos, me resultaría aún más difícil salvar la vida y continué en pos del grupo.

Los encontré en el fondo de una gruta de regulares dimensiones. Todos se habían derrumbado en el suelo, exhaustos. Angela se había adormecido, apoyada la cabeza sobre los muslos de su padre. Advertí que también a ella comenzaba a caérsele el pelo, a causa de las costras que salpicaban su cráneo Y sentí un estremecimiento de compasión, a pesar de que lo más justo hubiera sido odiarla.

Young respiraba entrecortadamente, con gran dificultad El profesor Landfield apoyaba u espalda en el muro y me miraba en silencio, inexpresivo. El capitán Brozinski se habla sentado y me contemplaba con repugnancia, vigilándome sin perderme de vista. Entre las piernas tenía su inseparable fusil-láser capaz de dividir a un hombre en dos mediante una descarga de unos pocos segundos.

—Deje caer el cuchillo —me ordenó secamente.

—No, todavía. Tengo que dividir esta carne en trozos —respondí; y me puse a la tarea, dándole la espalda a Brozinski.

Note que su respiración se hacia más tensa e incluso escuché el rumor de! fusil alzándose del suelo.

Estoy seguro de que estuvo a un paso de asesinarme. ¿Por qué no lo hizo?

Probablemente, porque aún tenía la esperanza de hacerme sufrir antes de que todos pereciéramos

CAPITULO II

Ciertamente, la temperatura de la cueva era más fresca que en el exterior. Pero decir *más fresca* significa exactamente que allí dentro «sólo» padecíamos cincuenta grados centígrados, cuando afuera la temperatura seguía alrededor de los setenta.

No sé cómo pude hacerlo, pero lo cierto es que reuní un brazado de matojos secos. Salí a la puerta de la cueva y les prendí fuego. Cuando se alzaron las llamas, puse el gran trozo de carne encima, sujetándola con una vara no muy gruesa ni muy resistente.

De todas formas, cuando el aroma de la carne asada impregnó la cueva, los dormidos despertaron como por arte de brujería.

Angela fue la primera en acusar gran ansiedad. Vi que las aletas de su nariz se dilataban para aspirar el olor de la carne asada e inmediatamente se incorporó sobre las piernas de su padre

Me miró.

Parecía ansiosa. Como si le fuese la vida en masticar un trozo de la carne que estaba asándose sobre el rescoldo de los matojos.

Corté un pedazo, lo pinché en el cuchillo y se lo ofrecí.

Ella lo tomó de un manotazo y comenzó a masticarlo, sin disimular los gestos de dolor cuando la carne ardiente quemó sus labios.

—Ah, déme un pedazo, Mark. Solo un pedacito —imploró el profesor Landfield, después de tragar, con enorme dificultad, un poco de saliva.

Le entregué su trozo. Y tampoco esperó a que la carne se enfriara. La devoró rápidamente, con la misma ferocidad que un lobo deglute su presa.

El mayor Fane me miró con un gesto desdeñoso.

—No espere que le suplique que me dé un pedazo de esa carne. Me repugnaría —dijo.

Pero yo no pude evitar una corta carcajada

—Como usted prefiera, mayor —repliqué, irónico.

Young despertó en seguida. Parecía muy débil, al borde de la resistencia física. Pero tomó un pedazo de carne a medio asar, la chupó y comenzó a mordisquearla.

Bien. Posiblemente, después de masticar e ingerir la carne, todos se sentirían llenos de energías. Y eso me convenía mucho.

Corté un pedacito de carne para mí y lo mastiqué con fruición, mientras el resto de la vianda iba asándose lentamente en el humilde rescoldo.

Pero el fuego estaba apagándose.

Miré de reojo al capitán Brozinski, que inconscientemente había pasado su seca lengua por los labios en un gesto por demás expresivo.

—¿Gusta, capitán? —pregunté con sarcasmo.

Aunque en seguida lo disimuló. Brozinski no pudo evitar un cierto impulso hacia adelante.

Se controló, desde luego. Debió ser un esfuerzo inmenso, porque no había comido nada en cuarenta y ocho horas.

Y me miró fijamente. Había en aquella intensa mirada un poco de envidia y un odio sin límites.

—Guárdese su bazofia —gruñó. Y los nudillos de sus manos blanquearon, aferradas al fusil-láser.

—¿Por qué me odia? —pregunte de improviso—. No recuerdo haberle dado ningún motivo. Apenas nos conocíamos, sólo nos vimos un par de veces en Xahuantah. Es lógico que no tuviésemos relación: mientras yo pasaba las semanas y los meses, explorando el hemisferio Sur de Zeleff, usted gozaba de su cómodo destino de ayudante del coronel Durand en el campamento base. Magnifico sueldo, ningún riesgo, fiestas fastuosas, relaciones sociales, espléndidas y complacientes damas, alcohol, música…

El fusil que empuñaba Brozinski tembló.

—Cá-lle-se —silabeó con un silbido propio de reptil—. Cállese o le mataré, McLean. Y le aseguro: ninguna de las personas que estamos aquí lo lamentaría. No vuelva a provocarme o…

—¿O qué? —ya estaba yendo más allá de lo que aconsejaba la

prudencia—. Todo lo que acabo de decir es verdad. Yo soy Mark McLean. un geólogo y geógrafo, un profesional que se ha pasado años enteros viajando a lo largo y a lo ancho de este gran planeta, estableciendo límites, realizando descubrimientos, luchando contra la naturaleza y los animales salvajes, localizando volcanes, ríos, montañas, mares y lagos... He llevado a cabo una función positiva, he evitado peligros a los miles de personas que viven en Xahuantah. Los viajes terrestres y marítimos o fluviales, incluso los aéreos se llevan fácilmente a cabo, ahora, gracias a mí. He trabajado sin descanso, mientras usted, capitán, se acostaba con las esposas de los oficiales y los personajes del Primer Gobierno de Zeleff, mientras se dejaba abandonar a la molicie y se esforzaba en seducir a jovencitas, cuyos padres no se le enfrentaban por temor a las represalias. Ese hombre que está a su lado, el mayor Fane, fue siempre su cómplice. Fane le protegió, a cambio de su silencio. Y ahora... ¿posee usted argumentos para ordenarme callar?

Por el rabillo del ojo, vi que Winifred Fane, el padre de Angela, desviaba la mirada y trataba de inhibirse de la cuestión.

Young seguía masticando despacio su carne, el profesor Landfield asentía con lentas cabezadas a cada una de mis palabras y Angela prefería no prestar —aparentemente— mucha atención a mis frases.

—Cállese —volvió a murmurar Brozinski, unido a su fusil como si hombre y arma formaran una sola pieza.

Brozinski era peligroso, muy peligroso. Yo había oído hablar muchas cosas, todas inconfesables, acerca de él.

Pero ahora, la seguridad de que estábamos en un momento especialmente difícil, entre la vida y la muerte, alejó de mi todo sentimiento de temor.

—Realmente, nunca tuvo motivos para odiarme —dije, mientras el fuego languidecía y las escasas brasas se convertían rápidamente en pavesas—. A menos que...

Brozinski tembló de ira y rabia.

—¿Qué?

—A menos que... esté enamorado de Angela Fane. Quizá me odia por ello —pronuncié.

El brillo diabólico que surgió de sus ojos azules me ratificó en aquella impresión.

¿Cómo había sido tan estúpido, tan sumamente ignorante? ¡Esa era la razón de su odio hacia mí!

Sea como fuere, el capitán Brozinski amaba a Angela. O si no la amaba, al menos la deseaba con ardor volcánico, hasta el extremo de estar dispuesto a cometer un homicidio por causa de ella.

Aunque tratándose de un tipo como el capitán, todo era concebible y justificado.

Angela estaba mordiéndose las uñas. Apenas podía disimular su tensión.

El fuego estaba prácticamente apagado. La carne que sobraba, casi la mitad, se había manchado de cenizas.

—Voy a buscar un puñado de pasto —advertí.

Y abandoné la caverna.

Tardé en volver algo más de diez minutos. Y puedo jurar que me retrasé a propósito.

Por otra parte, no había logrado encontrar una sola brizna de leña.

Pero cuando penetré en el recinto rocoso me di cuenta de que la leña estaba de más. No hacía falta.

La carne había desaparecido. En la lumbre sólo quedaban las pavesas. En el centro había únicamente una pequeña mancha grasienta.

También estaban manchados de grasa las manos y los labios del mayor Fane y el capitán Brozinski.

Adivinando lo que había ocurrido no pude evitar una carcajada sardónica.

—Ya veo —dije, paseando la mirada del uno al otro—. Al fin y al cabo, también tenían hambre.

Ninguno de los dos respondió. Inmediatamente.

Porque enseguida Brozinski dijo, retirando el fusil sobre el muro de la caverna:

—Acérquese, McLean. Voy a ponerle las esposas.

Quede rígido.

No estaban las cosas para permanecer esposado, imposibilitado para moverme libremente.

—Déjelo, capitán —intercedió el profesor Landfield—. McLean no puede escapar. Y, por favor, seamos un poco humanitarios. Aunque McLean sea un criminal, debemos reconocer que no ha tratado de evadirse. Por el contrario, nos ha traído comida.

Pero Brozinski me encañonó con el temible fusil láser.

Mi paciencia había llegado al límite y Brozinski debió adivinarlo, porque súbitamente brotó el hilo de fuego del cañón de su arma

Caí al suelo, sospechando que había llegado mi última hora.

Detrás de mi, el rayo seccionó un pedazo de roca. La mole, de un par de toneladas de peso, cayó a mi espalda sordamente.

—Si intenta algo, volveré a disparar —advirtió con odiosa lentitud—. Y esta vez a matar. Piénselo, McLean: es el último aviso.

Giré el cuello hacia atrás. Contemplar aquel pedrusco que acababa de desprenderse, limpiamente cortado, de la entrada de la gruta, no era como para ponerse a bromear.

—Acérquese — ordenó Brozinski con voz tremante.

En la mano derecha tenia el fusil y en la izquierda las esposas

—Déjelo, capitán. Déjelo libre. En las actuales circunstancias, McLean puede sernos de mucha utilidad —dijo el mayor Fane Y añadió- . Créame, yo le odio más que usted por lo que ese hombre hizo con mi hija, pero en estos momentos no podemos elegir Necesitarnos a McLean. El conoce perfectamente esta región. Sin él, jamás podríamos escapar de aquí después de haber perdido el *sox*.

Fue ostensible la indecisión de Brozinski. Era un hombre voluntarioso poco disciplinado, habituado a hacer triunfar su opinión sobre la de los demás. Pero Landfield, Young y el mayor Fane le contemplaban fijamente, con dureza y decisión.

Y Brozinski cedió.

—Está bien. Pero no se aparte muchos metros de mi, McLean. Si se aleja más de diez metros sin avisarme, le mataré —dijo.

Pasada la tensión, me dejé caer al suelo a cierta distancia del

grupo.

Media hora después, el mayor Fane dijo:

—Deberíamos seguir hacia el sudoeste. Al borde del desierto Kassi tenemos un almacén sin guarnición. Hay dos camiones, agua, víveres y municiones. Debemos aproximarnos a ese lugar, antes de que... Señores, no voy a andar con rodeos: antes de que todos muramos achicharrados en este desierto.

Brozinski se puso en pie inmediatamente. Landfield movió la cabeza, escéptico. En cuanto a Angela y el ingeniero Young ofrecían un aspecto taciturno, absolutamente indiferentes: estaban mortalmente cansados.

—No se lo recomiendo, mayor —dije, aunque no se había pedido mi opinión.

Fane no me miró. Me detestaba hasta tal límite que cuando me hablaba o se refería a mí, separaba ostensiblemente los ojos.

—¿Qué distancia nos separa del «santuario» de Wakax, McLean? —me preguntó, en tal actitud.

—No puedo establecerlo con precisión —respondí—. Brozinski destruyó mis mapas cuando ustedes cayeron sobre nosotros en el poblado de Gapamgee. Pero he reconocido ese promontorio granítico situado al sur. Desde allí a Wakax de be haber unos novecientos ochenta kilómetros.

—¡Dios mió! —murmuró Landfield, desmayadamente.

—Por eso les aconsejo que no reanuden la marcha... inmediatamente. A menos de un kilómetro de aquí tenemos la carne del *sox*, aunque el buey se corromperá rápidamente si no aprovechamos su carne cuanto antes. Deberíamos... debemos si, aprovisionarnos al máximo de esa carne. Lamentablemente no tenemos sal para conservarla, pero podemos asarla y, sobre todo, hartamos de ella para acumular energías. Se lo aseguro a ustedes: vamos a necesitar de todas nuestras fuerzas para salir vivos de este infierno.

Nadie hizo ningún comentario. Reflexionaban sobre el significado de mis palabras.

Al cabo, fue el profesor Landfield quien rompió el silencio.

—McLean tiene razón, como siempre —afirmó.

El mayor Fane se encrespó.

—¿Por qué da sistemáticamente la razón a este hombre, profesor? ¿Ignora que es un asesino, un canalla, un violador? , ¿No escuchó la declaración de mi propia hija? —prorrumpió, violento—. ¡McLean es el único responsable directo de nuestra crítica situación!

Landfield movió la cabeza, pesaroso.

—El odio le ciega, mayor Fane —dijo con lentitud, como si sopesara cada palabra antes de hablar—. Angela acusó a McLean, es cierto, pero ¿qué pruebas tenemos de que este hombre es culpable? Ninguna.

—¿Es que puede dudarlo? ¿Admite que mi hija mentiría, cuando está en juego su honor, su...? —vociferó, incapaz de controlar sus emociones.

—Digo que usted me pidió que formase parte del comando que partió de la aerobase de Xahuantah en busca de McLean y de Angela. Pero fue él quien comunicó por radio que Angela estaba con él, no lo olvide. Y no dijo que él la hubiera secuestrado, sino, sencillamente: «le comunico que su hija está con nosotros en el observatorio de Gapamgee». Recuerde. Fane. Usted me rogó que les acompañase. Y yo accedí. Usted conocía mis simpatías por este hombre, cuyas virtudes y servicios no pueden negarse...

—Profesor, si sigue así va a hacernos llorar — le interrumpió Brozinski groseramente.

Pero Landfield le ignoró por completo.

—Así, pues, yo vine como intermediario. Usted me lo pidió. Y estoy sufriendo la misma suerte que ustedes, que forman parte de los servicios del Primer Gobierno. Pero yo soy ajeno por completo a la organización administrativa. Permitan decirles que nada me obligaba a venir. Y vine. Sufro igual que ustedes. Tal vez más, porque soy más viejo. Pero no quiero quejarme, mayor. Si me escogió como interlocutor ante McLean, déjeme seguir siéndolo.

A Fane le costó un gran esfuerzo refrenar su cólera.

—¡Está bien! —barbotó—. ¿Qué es lo que tiene que decir?

—Sigamos el consejo de McLean. Subamos a los riscos a por la carne del *sox*. En lugar de desgastarnos inútilmente caminando durante el día, sería más razonable avanzar de noche, cuando la temperatura desciende. ¿Cuál es su opinión. Mark? —terminó,

dirigiéndose a mi.

—Concuerda con sus palabras, profesor —respondí—. De madrugada, la temperatura bajará mucho. El escaso vapor de agua del aire se condensará y descenderá en forma de rocío. Entonces será el momento de acercarnos al fondo de uno de esos farallones pétreos que hemos vino a lo largo del camino. El rocío caerá sobre las rocas, y destilara hasta el suelo, lo que nos permitirá recoger un poco de agua.

Landfield miró a los componentes del grupo.

—¿Y bien...? —preguntó, dirigiéndose a Fane en especial.

—De acuerdo —replicó éste con una cierta frustración— Seguiremos adelante con ese plan. Aunque me cueste mucho reconocerlo, nuestras vidas dependen ahora en gran medida de este... este individuo —decidió, señalando— con un brusco movimiento de su mentón.

—En tal caso, lo mejor es ir cuanto antes a por la carne del *sox* —declaré—. Con este calor...

Angela dejó escapar un grito, se llevó las manos al fino cuello lleno de monstruosas costras y se desmayó.

Aquel incidente nos obligó a posponer el viaje a las alturas. Desgraciadamente, ahora no disponíamos de una sola gota de agua que ofrecer a la hija del mayor Fane

Pero el profesor Landfield se inclinó sobre ella v comenzó a masajearle las muñecas. Sudaba tan copiosamente que temí que el buen hombre terminase deshidratado en pocos minutos. Aunque de todas formas aquél era el destino que nos aguardaba a todos... Al cabo, los desvelos de! profesor lograron hacer volver en sí a la joven. Para entonces habían transcurrido casi cuatro horas desde el momento en que cayera fulminado el buey.

Brozinski me señaló la entrada de la cueva con el cañón de su pesado fusil-láser.

—Salga.

En cuanto abandonamos la protección de la amplia caverna, todos comenzamos a sudar exageradamente. Sin duda, era notoria la diferencia de aquellos veinte grados de temperatura entre la gruta y el exterior.

Pesadamente, Brozinski, Fane, Young y yo iniciamos la escalada.

El profesor Landfield quedaba en la caverna al cuidado de Angela Fane.

El desnivel no era muy superior a los doscientos metros, pero nos llevó algo más de una hora ascender hasta los montículos áridos.

Poco antes, de llegar al lugar donde se divisaba el carromato, oí un zumbido intenso y continuo que me obligó a estirar la cabeza por encima de los hombros.

—Huele a diablos —gruñó Young, asqueado.

—A muerto —añadió Fane.

A medida que íbamos acercándonos, el zumbido se tornó tan ruidoso que los oídos apenas podían soportarlo.

Y luego vimos aquella espesa nube de gruesos insectos sobre la loma donde se encontraba el carromato.

—¡No puedo creerlo! —murmuró Fane.

Pero era cierto: millones de insectos, salidos de algún lugar remoto, se hablan abatido sobre el *sox*, cuyo cadáver habían consumido casi por completo…

A cierta distancia contemplamos su esqueleto, unas piltrafas de piel y… poco.

—Hemos tardado demasiado —dije—. Lo mejor es que volvamos cuanto antes y descansemos antes de que llegue la noche. Entonces habrá llegado el momento de ponernos en marcha.

Pero yo sospechaba quo nuestro final estaba muy lejano.

Desmañadamente, los cuatro hombres iniciamos el descenso.

CAPITULO III

—Caminaremos hasta el amanecer —había decidido el mayor Fane.

Demostraba un optimismo considerable. Porque en realidad apenas aprovechamos cuatro horas de caminata a lo largo de la noche.

Angela Fane apenas podía mantenerse en pie. Con la mejor voluntad del mundo, su padre la tomó por la cintura y pasó el brazo izquierdo de la muchacha por encima de los propios hombros, y de esta guisa avanzamos una hora, hasta que llegó el relente nocturno que nos obligó a tiritar a todos.

A la luz de Ceeop y Sdu, dos de los satélites de Zeleff que se turnaban a aquella hora en el firmamento, vimos un alto promontorio cuya cara este era oblicua y lisa como la palma de la mano.

—Este es un lugar para hacer acopio de agua —anuncié. Y todos se detuvieron con un largo suspiro de alivio.

Angela cayó desplomada. Siempre me había parecido una mujer de gran vitalidad y resistencia, radiante de belleza y energía. Pero ahora me daba cuenta de cuan miserable y débil era en realidad. Y esto, aunque me sorprendiera a mí mismo, suscitó nuevamente un sentimiento de compasión en mi interior.

Tampoco el profesor Landfield se encontraba muy bien. Los más enteros éramos, sin duda, el capitán Brozinski y yo. Ignoro si él lograba mantenerse en pie por un sentimiento de soberbia o si realmente poseía la resistencia que demostraba, pero lo cierto es que en ningún momento le vi flojear.

Young también estaba deshecho. Aunque su obesidad le permitiera una mayor resistencia a la deshidratación, su corpulenta humanidad también suponía una rémora a la hora de desplazarse por los erizados senderos.

Mientras los demás descansaban, palpé el muro. Arriba, en las capas altas de la atmósfera, el vaho caliente debía estar condensándose ya. Pero lo cierto es que la lisa piedra estaba aún completamente seca. Así que calculé que deberían transcurrir aún no menos de dos horas antes de que el tobogán rocoso se humedeciese y comenzase » destilar, gota a gota o en un hililllo, el agua del rocío

nocturno.

De todas formas, recorrí la piedra hasta encontrar una hendidura donde colocar el depósito de plástico con cinco litros de capacidad en el que pensábamos recoger nuestra ración de líquido vital.

Viendo que había que esperar, todos se arrojaron al suelo y descansaron. Antes de agacharme dirigí una mirada a Angela Fane. También ella me buscó con la mirada, pero apartó sus ojos en seguida. Poco después estaba dormida o eso me pareció.

Con los ojos cerrados, los brazos caídos y todos los músculos relajados, me pregunté por qué ella había mentido, acusándome de crímenes que yo no había cometido.

Me había acusado ante el comando de patrulla —quince hombres en total— dirigido por el mayor Fane.

Todavía podía recordar sus palabras:

—Sí, McLean degolló a sus dos ayudantes, Ferreira y Dos Santos. McLean no quería compartirme con ellos. El fue el primero en violarme, pero cuando Ferreira intentó hacer otro tanto, McLean se arrojó sobre él cuchillo en mano y lo degolló. Dos Santos se lanzó contra él por la espalda, pero este hombre se volvió como una serpiente, movió el cuchillo y le cortó la tráquea de un solo tajo.

Falso.

Todo era falso, comenzando por la primera acusación de Angela.

—Salía de la colonia con destino al hospital, cuando McLean frenó su camión dejante de mí. Estuvo a punto de atropellarme, pues el vehiculo se detuvo apenas a unos centímetros de distancia. «Debo llevarla urgentemente con su padre. Son órdenes del mayor Fane», me dijo. Naturalmente le creí. Subí a la cabina. Pero poco después salíamos de Xahuantah y nos dirigíamos al norte. Me disponía a protestar, cuando Ferreira me aferró por detrás y apretó contra mi boca y nariz un trapo empapado en cloroformo. Perdí el conocimiento. No lo recobré sino muchas horas después. Me habían atado y amordazado. Al anochecer, los camiones se detuvieron junto al poblado indígena de Ganpagee. Me hicieron bajar y McLean me habló con toda crudeza. Luego me violó. Ya saben lo que ocurrió a continuación.

Mentira.

¿Cómo había podido urdir aquella joven muchacha una fábula

tan disparatada?

McLean se sentía obsesionado. El mal estaba hecho. Ahora sólo se sentía intrigado. ¿Qué motivos habían movido a Angela a declarar tantas falsedades?

La verdad distaba mucho de la declaración que Angela había hecho ante su padre y los demás miembros del comando.

Aquella mañana —siete días atrás—, João Dos Santos. Luque Ferreira y yo habíamos partido a las ocho de la mañana del campamento base de Xahuantah.

Los dos expertos cartógrafos y yo estábamos reconociendo y levantando mapas de una gran extensión situada al nordeste del desierto de Kassi, un peligroso y árido páramo arañado por la erosión de más de dos millones de kilómetros cuadrados.

Nuestra misión en aquel caso formaba una simple etapa de una amplia operación de estudios geológicos, geográficos y cartográficos de la zona subtropical del hemisferio sur del planeta Zeleff, colonizado a partir de sesenta años atrás.

El largo viaje se llevó a cabo sin ninguna interrupción hasta que hicimos un alto en el oasis «santuario» de Keellon.

Cuando Luque Ferreira se disponía a sacar del segundo camión el fogón portátil, advirtió un rumor sospechoso entre los útiles y material que componían la grupa.

Al principio temió que se tratase de un animal salvaje, pero acabábamos de atravesar una zona selvática de unos ciento veinte kilómetros de anchura. Pero cuando nos reunimos en el segundo camión con nuestras armas preparadas, vimos con estupor como una mujer salía de entre los cajones que contenían unos aparatos de telemetría.

Era Angela Fane, que sonreía ingenuamente.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunté, estupefacto.

—En Xahuantah me aburro soberanamente, señor McLean. Usted tiene fama de hombre arrojado, inclinado a toda clase de aventuras. Pensé que un viaje en su compañía sería sumamente entretenido. Por eso subí a este camión en cuanto terminaron de cargarlo. Simplemente, señor McLean, trato de sacudirme el aburrimiento.

Confieso que me sorprendió intensamente su descarada actitud

Angela Fane debía tener unos diecisiete años, no era ya una niña. Y estaba allí contorneándose, poniendo de manifiesto su soberbio y estallante busto, contemplándonos a los tres con una sonrisa insinuante y provocativa.

—Se ha comportado de una forma insensata, descabellada —dije con toda la seriedad que pude. Pero no me pasaron por alto las ávidas miradas que mis dos ayudantes dirigían a la bella pelirroja

—Bien. ¿Qué piensa hacer? —preguntó ella, sin perder la sangre, fría.

—Naturalmente, comunicar el hecho al coronel Durand. Dentro de poco, en Xahuantah advertirán su ausencia. Imagino que su padre pensará lo peor. Lo menos que puedo hacer es tranquilizarle —respondí.

¿Por qué no me permite continuar junto a ustedes? —propuso.

—¿Por qué no? —repitió Luque Ferreira, con un brillo feroz en sus ojos oscuros.

—¡No seáis insensatos! —grité—. Es una menor. Nuestra obligación es comunicar con el coronel. Durand se apresurará a informar al mayor Fane, Esperaré sus instrucciones. Supongo que me ordenarán volver.

Nunca se me hubiera ocurrido sospechar lo que ocurrió a continuación. Lo cierto es que João Dos Santos me atacó por la espalda, me golpeó dolorosamente el brazo armado y el fusil cayó de entre mis dedos.

Antes de que pudiera reponerme de la sorpresa, habían retirado el arma y me encañonaba.

—Ahora estoy seguro de que habéis perdido la razón. ¿Cuál es vuestro plan, exactamente? —grité, frotándome el brazo dolorido.

Les brillaban los ojos como dos carbúnculos cuando cambiaron una rápida mirada entre sí.

—Vamos, vamos, McLean —dijo Ferreira—. Sea usted comprensivo. Llevamos meses y meses vagando por selvas, desiertos, lagos y montañas, realizando siempre nuestro trabajo lejos de las mujeres. Ella ha venido hasta aquí voluntariamente, ¿no es cierto? Pues déjela. Probablemente nadie echará en falta a esta bella muchacha. Debió obrar con premeditación. Y si es así, se puede pensar que ella urdió una disculpa, de forma que su ausencia no inquietará a

su padre, ¿no es cierto, señorita Fane?

—Muy inteligente. Sí. Me despedí bien temprano de mi padre. Dije que iba a pasar una semana con mi prima, Janet Garrido, en el campamento de Traks. Mi padre no me espera en Xahuantah antes de ocho días —confesó ella.

Me mordí los labios, asombrado de la precocidad fabulosa de aquella atractiva muchacha.

—A pesar de ello —insistí—. Ella es menor de edad. Si os propasáis con ella, os fusilarán. No quiero verme involucrado en un asunto tan feo.

Angela se contorneó procazmente ante mí.

—Pero, bueno, señor McLean, ¿de veras no le gusto? —preguntó.

Y mis ayudantes prorrumpieron en groseras carcajadas.

—No se trata de eso —intenté contener mi furia—. Usted es muy atractiva ciertamente, pero ésta no es la forma de conducta que su padre aprobaría, estoy seguro de ello. Tan segura como que se arrepentirá si permite que este par de estúpidos hagan una tontería.

—Por mi parte, estoy dispuesta a probar una experiencia tan excitante —exclamó ella, dirigiéndome una mirada hiriente—. Pero ya veo que usted no…

—.Escuche, mocosa! —grité, malhumorado—. Puedo confesar sin falsa modestia que no tengo mala suerte con las mujeres. Y me he referido a las *mujeres* —repetí con énfasis. Ferreira se acercó a mí amenazadoramente.

—Basta de sermones, McLean. Hemos decidido llevar a esta guapa muchacha con nosotros. Allá ella con su honorabilidad. Será mejor que vaya hacia el primer camión. Subiré con usted. Póngalo en marcha y tenga cuidado. Le estaré vigilando constantemente. Ya conozco sus tretas... De modo que más vale que se porte razonablemente.

—Cometéis un gravísimo error. Os arrepentiréis de esto —les amenacé. Pero Ferreira me hincó brutalmente el cañón del fusil en los riñones y no tuve más remedio que obedecer.

Cuando arrancamos, me pregunté qué estarían haciendo Dos Santos y la muchacha en el segundo camión.

Para mi era una gravísima responsabilidad, aunque yo no fuera culpable en absoluto. De modo que me propuse disimular hasta que se presentara una ocasión propicia para intervenir.

Sólo hicimos un par de paradas a lo largo de aquel día. Cuando nos detuvimos, próximo el anochecer, al borde del desierto de Kassi, habíamos cubierto unos 1.600 kilómetros.

Montamos el campamento.

Angela Fane coqueteaba descaradamente con mis dos ayudantes, a los que tenía tan encalambrinados que apenas reparaban en lo que hacían.

Comimos. No me perdían de vista un solo momento.

Cuando llegó la hora de irse a la cama. Dos Santos se acercó a mí.

—¿Por qué no se comporta de forma sensata, McLean? No sea estúpido, hombre, tome lo que le ofrecen sin hacerle ascos. ¡Una mujer tan hermosa…! Veamos, si nos promete no denunciarnos y hacer la vista gorda, le permitiremos participar en la orgía —me ofreció con una sonrisa equívoca.

Pero yo no estaba de acuerdo.

—No puedo prometer nada —respondí—. Solo puedo decir que esto me da ascos. Ella es solo una chiquilla, no sabe lo que hace. No es que yo sea precisamente un misógino pero aún existen ciertos límites para mí.

—En ese caso, tanto peor para usted. ¡Échese al suelo de bruces! Voy a atarle.

Me maniataron a la espalda tan fuertemente que enseguida dejé de notar los brazos.

Oí risas, voces, chillidos, resoplidos…

Como pude, me puse en pie y logré subir a la cabina del primer camión dotado de un radio transmisor de largo alcance Hube de realizar las conexiones con la nariz o con la boca, pero conseguí establecer contacto con Xahuantah en pocos minutos

Informé de la presencia de Angela Fane en el convoy, pero no acuse a mis ayudantes, por la sencilla razón de que —yo supiera— aún no había ocurrido nada irreparable

El ayudante del coronel, capitán Brozinski, respondió personalmente:

—Vuelvan a Xahuantah. Y procure que a la señorita Fane no le ocurra nada desagradable. Ya lo sabe, McLean: vuelva inmediatamente.

Estaba terminando la emisión, cuando Ferreira abrió la portezuela de un empellón; estaba semidesnudo y parecía muy borracho.

De un culatazo en plena boca me derribó. Después continuó golpeándome en el suelo hasta que perdí el conocimiento.

Cuando volví en mi les vi a los tres. Se habían entregado a la más sucia orgía que yo haya presenciado jamás. Volví la cabeza y traté de inhibirme de aquella escena que tensaba mis nervios y músculos tan dolorosamente.

Al fin, se fueron a dormir. Yo permanecí en vela hasta el amanecer, en que me rindió el sueño.

Dos horas más tarde. Dos Santos y Ferreira vinieron a interrogarme. Querían saber qué había dicho a las autoridades de Xahuantah. Les dije la verdad.

—¡El pudoroso Mark McLean! —se mofó Angela—, Ahora verá de lo que soy capaz.

Subió al primer camión y conectó la radio. Lo que siguió fue demasiado cruel: con un tono asustado y mimoso. Angela comunicó a Xahuantah que el geógrafo McLean la había secuestrado y violado.

—¡Vengan cuanto antes, por piedad! —gimió, finalmente— Temo que McLean nos asesine a los tres si ustedes no logran impedirlo.

Mis dos ayudantes aplaudieron aquella pantomima. —Vámonos —decidió Angela—. No quiero que nos encuentren... todavía.

Ese mediodía llegamos a las proximidades de Canpagee. Mis ayudantes se disponían a levantar el campamento, cuando escuchamos unos gritos agudísimos entre la espesa selva.

Ferreira tomó un rifle y fue a hacer una descubierta. Volvió poco después. Parecía muy asustado.

—Es un poblado de esos diabólicos *zompees*. Les he sorprendido en pleno almuerzo. ¡Están devorando a uno de ellos!

Aún no había terminado de hablar, cuando cayeron sobre el campamento. Eran más de sesenta pequeños seres de piel rojiza que saltaban como diablos entre la maleza y disparaban dardos envenenados con sus largas cerbatanas.

Yo estaba en el suelo. Muy cerca de mí se encontraba Angela, espeluznada.

—Desáteme —pedí—. Hágalo o esos salvajes se harán adornos con su piel.

Me soltó. Me puse en pie, agarré por un brazo a la muchacha y nos escurrimos entre las frondas.

No sé cuánto corrimos, pero lo cierto es que logramos alejarnos de los feroces hombrecillos del borde del desierto de Kassi.

Yo tenía algunas nociones acerca de aquellos peligrosos caníbales. Por ejemplo, los *zompees* jamás penetraban en las áridas parameras del desierto. De modo que decidí seguir caminando, desierto adelante, mientras me durasen las fuerzas. Y Angela me siguió.

Tres horas más tarde una aeronave procedente de Xahuantah se cernió en el aire sobre nosotros.

Dispararon sobre mí una descarga paralizante y perdí el sentido.

Cuando lo recobré. Angela había contado «su» historia. Llorosa, desgreñada, seguía acusándome implacable.

—¡El, él lo hizo!

El mayor Fane volvió a la aeronave con algunos de sus hombres. Se disponía a hacer una incursión en el poblado de los caníbales. Se trataba de una operación de castigo, encaminada de paso a rescatar los cadáveres de Ferreira y Dos Santos.

Al anochecer, el PG 11 descendió sobre el desierto. De su interior, el mayor Fane y el capitán Brozinski extrajeron los cadáveres de mis ayudantes, a los que los *zompees* habían degollado de forma escalofriante.

—¡El, el lo hizo! —repitió Angela, obsesionada.

Con voz vibrante, el mayor explicó lo que había ocurrido en Gampagee: los *zompees* habían caído sobre el comando en el momento que llegaban a los camiones del convoy y exterminado a doce componentes del comando.

Luego, ante la fría impasividad del mayor, Brozinski comenzó a martirizarme. No cesó de golpearme hasta dejarme semidesnudo, con la espalda en carne viva.

Aquella noche hubo un consejo de emergencia. Fane decidió que algunos hombres viajaran hasta Gampagee para recuperar los dos camiones que contenían material técnico.

Mientras caminaban hacia el borde del desierto, la tormenta que había estado incubándose aquella tarde estalló con formidable violencia. Súbitamente una exhalación alcanzó a la aeronave posada sobre la desértica meseta. En menos de un segundo el formidable PG 11 quedó destrozado por completo.

De madrugada llegaron Brozinski y el ingeniero Young. Era éste quien conducía aquel pesado carromato tirado por un mastodóntico *sox*.

—No hay esperanza. Los *zompees* incendiaron los camiones. Todo está destruido. Al borde del poblado, encontramos este carruaje. Lo hemos robado. Tal vez nos sea útil.

«Sí —pensé yo—. Es posible que tengamos que zamparnos a ese hermoso buey.»

Y así había sucedido, en parte.

CAPITULO IV

Me había quedado adormecido. No era precisamente un sueño profundo y reparador, sino una especie de vigilante y tenso duermevela.

Por eso me despertó aquel suave rumor... ¡un hilillo de agua estaba cayendo sobre el depósito de plástico!

Me levanté y eché una ojeada a mi alrededor. Mis forzados compañeros de desventuras estaban profundamente dormidos.

Pasé ante Brozinski, que apretaba el fusil entre sus brazos, y sentí, insistentemente la tentación de golpear a aquel hombre y apoderarme de su fusil. Estaba harto hasta las heces de su prepotencia, de su sadismo, de su inhumana y cruel conducta.

Pero no me decidí a atacarle. Sabía que Brozinski era un hombre muy peligroso.

Podía, sencillamente, estar fingiendo que dormía para provocar mi ataque y tener una disculpa para disparar uno de los mortíferos rayos láser de destrucción.

Me dolía todo el cuerpo de forma insoportable, pero palpé, satisfecho, la húmeda y elevada pared rocosa y me refresqué el rostro.

El depósito estaba llenándose lentamente con aquel miserable hilillo de agua que destilaba el talud.

Desperté al profesor Landfield y le invité a beber. Tuve que ayudarle a incorporarse, pues el frío nocturno le había dejado baldado.

Brozinski despertó al oírnos hablar. Y se abalanzó hacia el depósito del agua y bebió como un energúmeno.

Landfield despertó después a Young, y a los Fane, que demostraron también una ansiedad tremenda por saciar su sed.

—¡Lástima! —exclamó Young, quejumbroso—. ¡Si no hubiéramos tirado los otros depósitos, ahora podríamos hacer mayor acopio de agua!

Sonreí amargamente. Yo se lo había advertido a lodos, pero ellos arrojaron aquellos depósitos lejos del carromato, con la insensata

impresión del que no se va a ver obligado a beber más en su vida.

Pero no valía la pena recriminarles ahora. Al fin y al cabo iban a sufrir en sus carnes su falta de previsión, su incapacidad para vivir en un entorno tan inclemente como el del desierto de Kassi.

—No perdamos tiempo —propuse—. Es preciso aprovechar el tiempo antes de que salga el sol.

—¡No podré caminar! —gimió Angela—. Mis pies están destrozados.

—Tendrás que aguantarte —respondió su padre, con dureza poco habitual—. Es mejor caminar que morir al sol. ¡Vamos!

Parecían una partida de tullidos. Naturalmente, yo no me sentía mucho mejor que ellos. En realidad, estaba en peores condiciones, con la espalda todavía convertida en pura llaga por los latigazos del capitán Brozinski.

—El coronel Durand no nos abandonará —trató de animar el mayor a su hija—. Han debido echarnos en falta, preocuparse al comprobar que no nos comunicábamos con Xahuantah. los Pg estarán patrullando el desierto, estoy seguro.

Que las aeronaves del coronel Durand habían cruzado el firmamento numerosas veces durante los últimos días, era algo que yo había logrado detectar en numerosas ocasiones Había escuchado aquel leve zumbido, pero jamás pude columbrar las siluetas de las poderosas naves a través de la neblina dorada que flotaba sobre los páramos del Kassi.

—No se haga muchas ilusiones —me apresuré a advertirles—, estamos en la época de las canículas. Esos celajes cargados de electricidad que flotan a quinientos metros de altura, habrán impedido a los pilotos de Durand la visibilidad necesaria para encontrar los pequeños bultos de nuestros cuerpos. Por tanto háganse a la idea de que el coronel nos ha dado a todos por muertos, pues es probable que hayan encontrado los cadáveres de los comandos caídos en Gampagee… en el caso de que los *zompees* no se los comiesen. En cualquiera de las situaciones, el coronel habrá suspendido la búsqueda, estoy por jurarlo.

—No vuelva a hablar, McLean, u ordenaré a Brozinski que le azote hasta arrancarle la piel a tiras. No hable a menos que pida su opinión —pronunció con voz vibrante, furiosa.

—No me fastidie —gruñí—, ¿Qué quiere que haga? ¿Que permita sus estúpidas esperanzas? Son como niños: no se dan cuenta exacta de la situación. Esto es el Desierto de Kassi. Ni una gota de agua, casi tres millones de kilómetros cuadrados, nada de vegetación, ni siquiera hay animales, a excepción de una especie de gigantescos buitres de cuello escamoso, unos pocos reptiles y algunos insectos como los que devoraron el *sox*. Tienen que hacerse a la idea de que sólo contamos con nuestros propios medios, con nuestros escasos recursos de supervivencia. Pensar en otra cosa es poco menos que suicidarse.

Fane no se atrevió a hacer ningún comentario. Si al fin había comprendido, tanto mejor para todos.

Después de la discusión, proseguimos la marcha cansinamente

Yo marchaba delante y escogía cuidadosamente la ruta, a fin de evitar dar rodeos por aquellas veredas que discurrían en el tondo de las barranqueras.

Dos horas después nos detuvimos al pie de un promontorio. Bebimos abundantemente y volvimos a llenar el depósito en un hilillo de agua, al pie del farallón.

Nadie quena caminar, pero yo tomé el depósito, me puse en camino y al cabo todos me siguieron.

El fulgor lechoso del satélite Sdu había desparecido. Ahora allá en las alturas nos alumbraba Ceop y Trix, otro de los nueve satélites de Zeleff.

Pero una hora más tarde, los dos satélites perdieron lentamente su brillo, señal de la aparición inminente en el firmamento del astro-rey.

Caminábamos sobre una gran meseta. Delante de nosotros, a menos de un centenar de metros, se abría el hondo tajo de un vallecillo.

Estábamos demasiado derrengados para descender, de modo que busqué un sitio a propósito para descansar. Por des gracia, no encontré una gruta tan cómoda como aquella en la que descansáramos la tarde anterior. No bailamos mejor alojamiento que una profunda grieta que descendía oblicuamente en el seno de la tierra, a cuyo fondo bajamos con gran dificultad.

Imagino que me dormí en el momento preciso en que me dejé caer al suelo. Al cabo me despertaron unas airadas voces.

El profesor Landfield estaba recriminando agriamente a Angela, Brozinski y Young. El motivo de aquella regañiría saltaba a la vista: el depósito de agua —que yo había dejado a mi lado— apenas tenía dos dedos de agua.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté sin acritud—. ¿Dónde está el agua?

—¡Ellos tres se la han bebido! —respondió Landfield, furioso—. Hace unos minutos que desperté. Estaban pasándose el depósito de uno a otro, bebiendo hasta hartarse. Estos insensatos ignoran que no dispondremos de agua hasta dentro de doce o catorce horas.

—¡Váyase al diablo, Landfield! —gruñó Brozinski, con su habitual grosería—. No se haga ilusiones, viejo. Con agua o sin ella, usted no podrá escapar de aquí. Es demasiado anciano y está excesivamente agotado para sobrevivir. En cambio, nosotros somos jóvenes y poseemos resistencia suficiente. Tenemos más derecho a vivir que usted.

¡Qué odioso era aquel individuo! En su egoísmo, Brozinski podía llegar fácilmente al límite de la crueldad.

Estuve a punto de abalanzarme sobre él y golpearle con todas mis fuerzas. Pero Brozinski debió adivinar mis intenciones, pues recuperó de un manotazo el fusil que había abandonado mientras bebía.

Fane despertó en ese momento. Sus desvariados ojos recorrieron el grupo y luego se posaron sobre el depósito de agua.

Debió comprender en seguida lo ocurrido, porque se abalanzó sobre el agua y exclamó:

—¡Estoy sediento! Tengo que...

Le arrebaté el depósito antes de que se lo llevase a los labios.

—Calma, mayor. Ellos tres han bebido cuanto han querido. Esa mísera cantidad de agua que resta, nos corresponde al profesor, a usted y a mí. Beba un poco. Así. Ahora usted, profesor. Déjeme un poco, por favor.

Landfield bebió calmosamente, de modo que no se perdiera ni una sola gota del preciado liquido. Luego me tendió el depósito. Por desgracia, sólo quedaba un trago. Bebí el agua lentamente, lamí mis labios y dejé caer el depósito con un gesto de hastío.

—Ahora... lo mejor es que duerman cuanto puedan —les dije—.

Mientras estén dormidos no padecerán el tormento de la sed.

—Duerma usted. McLean. Yo vigilaré —advirtió Brozinski, mirándome fijamente—. Si ha llegado a acariciar la tentación de sorprenderme mientras duermo y arrebatarme el fusil, quíteselo de la cabeza. Nunca lo conseguirá.

No hice ningún comentario. Con Brozinski no valía la nena gastar saliva.

Apoyada la espalda contra el muro, dirigí una mirada a lo alto. El sol había salido largo rato atrás y sus ardorosos rayos habrían evaporado ya hasta la última gota de agua caída a tierra en forma de rocío.

Miré a Brozinski de reojo. Aquel estúpido debía haberse pasado la noche en vela, pues sus ojos se cerraban involuntariamente como si los párpados fueran de plomo.

—Antes de media hora habrá caído redondo —imaginé. Y me tendí en el suelo, simulando dormir.

No me equivoqué. Al rato, abrí los ojos al escuchar los ronquidos de Brozinski.

¡El muy imbécil! Dormía profundamente y su precioso fusil-láser se le había ido de las manos y descansaba en el suelo al alcance de mi mano.

Todos dormían. Alargué la mano y retiré lentamente el fusil.

En aquel momento, escuché un grito agudísimo.

Landfield, que tenía el sueño ligero, despertó inmediatamente.

—¿Qué ha sido eso? —susurró.

Al ver que me alzaba del suelo con el fusil en la mano, miró a Brozinski y sonrió sin ganas.

—Al fin se descuidó, ¿eh?

Presté atención a los sonidos exteriores. Brozinski seguía roncando, ajeno a todo.

De alguna parte llegó el eco de un griterío espeluznante.

—Extraño —murmuró el profesor—. ¿Es posible que vivan seres humanos en estas soledades inhabitables?

—Hace algunos meses descubrí a un grupo de nativos en el centro del Desierto de Kassi —respondí— Eran personas de color, esbeltas y bien proporcionadas, que se adornaban la cabeza con plumas de buitre. Huyeron a la desbandada cuando vieron descender nuestro PG y buscaron protección en unas grutas. Son los *wayashi*, una raza de trogloditas. Hablan el mismo idioma que otros nativos de Zeleff.

—¿Quiere que echemos una ojeada? —propuso Landfield.

—Vamos allá —asentí.

Escalamos la empinada cuesta que llevaba a la superficie. El sol nos cegó al llegar arriba, pues en las primeras horas de la mañana el firmamento aparecía diáfano. Pero la temperatura en aquella meseta era verdaderamente insoportable.

Caminamos despacio, nos giramos en redondo, poro no pudimos ver nada anormal. Pero el griterío seguía resonando.

Yo diría que los gritos provienen de esa hondonada —aseguro el profesor, señalando el precipicio que se adivinaba a unos cien metros.

Fuimos hacia allá, guardando toda clase de precauciones.

Al borde del talud contemplamos el seco valle que se perdía hacia el sur.

Landfield elevó los prismáticos y miró, insistentemente, a su alrededor.

—¡Mire eso! —exclamó de improviso, librándose de la correa que rodeaba su cuello y tendiéndome los prismáticos.

Miré con cierta ansiedad hacia donde me señalaba Landfield.

Lo que vi provocó en mí la misma estupefacción que había causado al profesor. Desde el fondo del valle se elevaba una escalera ciclópea que a través de trescientos metros de altura llegaba hasta un risco enhiesto, terminado en aguja rocosa.

Un grupo formado por una treintena de trogloditas *wayashi* ascendían a través de los toscos y anchísimos peldaños excavados en la roca viva.

—Llevan a uno de ellos atado sobre unas ramas a modo de andas —describí.

—¿Que se proponen?

—No lo sé. Lo cierto es que escalan esa empinada escalera con la agilidad de simios y gritan y saltan como diablos —respondí—. Yo diría que se proponen llevar a cabo un sacrificio ritual. Caso contrario, no llevarían a ese infeliz atado como una morcilla.

Landfield me arrebató los prismáticos, nervioso.

Graduó la visión para acercarla y volvió a mirar con gran avidez.

Tiene razón, Mark. Ese desgraciado está aterrorizado. Probablemente van a sacrificarlo. Pero ¿cómo?

En las alturas se oyó un graznido estridente y poderoso. Hice pantalla con las manos sobre mis ojos y traté de ver al animal que había producido aquel sonido estremecedor.

Varios enormes buitres aparecieron a través de los amarillentos estratos que flotaban sobre el valle. La bandada de poderosas carroñeras evolucionó majestuosamente sobre la aguja pétrea.

—He ahí la respuesta —exclamó el profesor, impresionado—. Van a someter a ese infeliz al suplicio de Prometeo ([1]).

Yo apenas recordaba aquella vieja leyenda mitológica de los tiempos de mi época de estudiante, pero tenía una idea de lo que le aguardaba a aquel desgraciado que subían sus congéneres al promontorio.

Mientras Landfield seguía atisbando con gran atención a través de los binoculares, vi cómo dos de aquellos temibles buitres se posaban sobre la aguja que coronaba el alto promontorio.

Parecía, de algún modo, que aquellas poderosas aves de presa estaban habituadas a encontrar su sustento en el lugar —una explanada lisa, pétrea— en que terminaba la espectacular escalera tallada en la roca del farallón.

La curiosidad nos movió a caminar al borde del talud, hasta que encontramos una estrecha vereda que, a través de mil vericuetos, se alejaba hasta el sur bordeando el precipicio que limitaba el valle, tan angosto y profundo.

El tropel de los *wayashis* se había detenido a la mitad de la larguísima y empipada escalera Era evidente que a pesar de la excitación que precedía al sacrificio, el hecho de haber escalado casi doscientos metros en sentido prácticamente vertical les había fatigado tanto, que se vieron obligados a depositar la camilla sobre uno de los anchos peldaños, con el fin de recuperar la respiración.

Yo corría más que caminaba, siguiendo aquella vereda apenas apta para las cabras y los lagartos. Pero tuve que detenerme para esperar al profesor Landfield, que se había quedado retrasado más de doscientos metros.

A medida que nos acercábamos a aquel inmenso altar de sacrificios, fuimos advirtiendo las dimensiones del lugar. Detrás de la explanada, de casi cien metros de longitud por la mitad de anchura, existía una enorme piedra ovalada, bajo la aguja que coronaba el promontorio.

Pedí los prismáticos a Landfield y atisbé, lleno de ansiedad.

Sobre la piedra ovalada, numerosos esqueletos humanos se resecaban al fuerte sol.

—No es la primera vez que traen a uno de los suyos a este lugar —dije al Profesor—. La piedra del sacrificio parece un osario.

Los *wayashis* seguían inmóviles, montando silenciosa guardia junto a las andas donde un ser humano se retorcía violentamente, tratando de liberarse. Pero las ligaduras, aquellas cuerdas de una especie de pita del desierto, eran tan resistentes que ni siquiera sus fuertes colmillos hacían mella en ellas.

Dejé caer los prismáticos, desalentado.

Landfield me miró fijamente.

El viejo profesor me conocía perfectamente. Y dijo:

—Ese pobre *wayashi* va a sufrir una muerte terrible, Mark. Supongo que en cuanto la horda de sus congéneres le dejen sobre esa piedra ovalada, los buitres descenderán y le atacarán. ¿Ha visto bien a esos animales, muchacho?

Claro que los había visto. Eran animales de unos tres metros de envergadura de punta a punta de las alas con un peso que rondaban los cien kilos. Al sur del Desierto de Kassi, durante una exploración. Dos Santos, Ferreira y yo habíamos sufrido el ataque fulgurante de aquellas temibles carroñeras de garras y aguzados picos acerados y cuellos anillados y rugosos como el cuerpo de los ofidios.

A Ferreira, las uñas de los buitres le habían arrancado prácticamente el cuero cabelludo, dejándole unas profundas cicatrices en forma de surcos desde la frente al occipucio. A mí, una furiosa ave me había rasgado el hombro de un picotazo, dejándome los huesos al descubierto. También Dos Santos sufrió el ataque de un pajarraco,

cuyas garras sajaron su muslo derecho de la rodilla a la ingle, como si las cortaduras hubieran sido producidas por afiladas cuchillas de acero.

—¿No piensa hacer nada? —clamó Landfield, impaciente—. ¡Mire eso! Los salvajes han reanudado la escalada.

Alcé los prismáticos, miré y comprobé que el profesor decía la verdad.

Con ardor inexplicable, los *wayashis* llevaban en volandas al reo de sacrificio peldaños arriba.

La algarabía de sus gritos agudísimos, sus cánticos, sus saltos y el ondulante movimiento de ascensión que llevaban a cabo en abigarrado grupo, tenía un aspecto casi mágico a mis ojos. Lo que yo estaba viendo suponía todo un espectáculo.

Por desgracia, se trataba de un espectáculo al final del cual habría de morir un ser humano.

¿Qué motivos llevaban a los *wayashis* a realizar aquellos sacrificios? Tal vez unas leyes ancestrales, rígidas, inhumanas. Pero yo no podía averiguar tampoco si aquel miserable que se retorcía en las andas era digno de tal castigo.

—Quizá se trate de un criminal... —dije.

La verdad es que no me convencía mi propio argumento. Y tampoco al profesor Joshua Landfield, según pude apreciar de una rápida mirada.

De pronto, echó a correr a través de aquella estrecha, erizada de agudos peñascos que llevaba, en sinuoso declive, hasta el fondo del valle.

Una o dos veces me volví. Landfield me seguía con admirable tesón, pero sus fuerzas, tan menguadas, apenas le permitían mantenerse en pie. Le vi caer un par de veces e incluso así logró alzarse y continuar la carrera, si bien su marcha era tan bamboleante e insegura que sentí compasión de él.

Al fin y al cabo, no valía la pena esperarle. ¿Qué podría hacer el profesor para ayudarme?

—Nada —gruñí, impaciente.

El no llevaba ningún arma. Era yo quien poseía el mortífero fusil-

láser robado a Yurislaw Brozinski.

Opté por desentenderme momentáneamente del profesor Landfield para reemprender la vertiginosa marcha cuesta abajo a lo largo de aquella estrecha y peligrosa vereda.

Al fin, galopé locamente por el fondo do valle, una pedriza ardiente e intrincada, semejante a un paisaje kárstico.

Hube de detenerme un minuto para el aliento. Cuando comprobé que aún me separaban un par de kilómetros del inicio de la escalera, el desánimo se apoderó de mí.

Pero volví la cabeza y vi al animoso profesor Landfield que seguía descendiendo por la vereda lentamente. Y decidí continuar. El polvo que alzaban mis propios pies calzados con botas de cuero se elevaba en espirales turbulentas y llegaba a asfixiarme en ocasiones.

Corrí y corrí, sin reparar en que la fatiga me iba rindiendo.

Una vez caí violentamente y di una vuelta sobre mi mismo. El costalazo fue tan aparatoso, que el fusil estuvo a punto de partirse por la mitad.

Renegando, con la mejilla izquierda raspada y sangrante, me puse en pie con dificultad y examiné el fusil. Por fortuna estaba intacto.

Pero cuando reanudé la carrera hacia la ciclópea escalera labrada en la ruda piedra roja, frené la velocidad de mis piernas y me esforcé en respirar adecuadamente y, sobre todo, en preservar el fusil.

Al fin, me detuve seiscientos metros del arranque de la escalera. Alcé los prismáticos y miré con ansiedad.

Los *wayashis* acababan de remontar los peldaños rojos de aquella escalera de trescientos metros de longitud.

De pronto, me sentí ridículo.

¿Qué hacía yo allí, metiéndome en un asunto que no me importaba en absoluto? Para llegar allí había agotado por completo mis reservas de energías, me había lastimado asfixiado, golpeado, herido...

—Son indígenas de Zeleff —gruñí—. Gente incomprensible, entregada a creencias idólatras y a cultos y ritos salvajes y primitivos. En el fondo, nada de lo que ocurra ahí arriba tiene nada que ver conmigo.

Escruté los estratos amarillentos.

Ahora los buitres describían vuelos circulares cada vez más bajos. No me parecían simples aves, sino verdaderas naves emplumadas capaces de arrebatar a uno o dos de aquellos *wayashis* entre sus poderosas garras.

Suponían un peligro fiero, aterrador. En mi hombro derecho estaba la imborrable cicatriz del picotazo de una de aquellas carroñas. Y la verdad era que mi brazo derecho jamás volvió a funcionar con la misma soltura de antes.

Uno de los buitres descendió sobre el valle y en su vuelo cernido pasó rozando con sus plumas remeras —tan largas como mi brazo— los altísimos peldaños que antecedían al altar sagrado de los *wayashis*.

En alguna parte, alguien exhaló un agudísimo grito agónico. Me volví de un respingo, temiendo que alguna de las aves hubiera atacado al profesor Landfield. Pero por fortuna no era así: el profesor acababa de poner sus pies en el pedregoso valle, un kilómetro detrás de mí y se arrastraba penosamente para aproximarse a mí.

Luego, cuando me volvía para enfocar los prismáticos hacia las alturas, una sombra majestuosa cubrió por completo mi visión. Entre las garras de un buitre un salvaje *wayashi* se retorcía como una pequeña culebra entre las zarpas de una cigüeña.

Obsesionado, seguí el rápido planeo de la carroñera hacia el fondo del valle. Bruscamente, el buitre alzó el vuelo y desapareció de mi vista.

Arriba, en los últimos peldaños de la grandiosa escalera, varios *wayashis* iniciaban un desordenado y enloquecido descenso.

Dos buitres se abatieron celéreamente sobre el grupo. Se oyó un graznido estridente y algunas grandes plumas revolotearon en el aire

Entretanto, tos indígenas, apiñados en grupo, descendían a grandes saltos los escalones.

—¡Fanáticos! —gruñí fuera de mi—. No les importa exponerse a morir con tal de cumplir los salvajes ritos de sacrificio.

De todas formas, apenas pude sustraerme al espectacular descenso de aquellas criaturas, que daban increíbles saltos, bajando los altos peldaños de seis en seis y hasta —los más avanzados y resistentes— de diez en diez.

Landfield llegó junto a mí en ese momento.

Jadeante y empapado en sudor, murmuró:

—¿Los ha visto, Mark? ¡Parecen hombres de goma! ¡Es algo... increíble!

El descenso de aquellos esbeltos seres de piel oscura y cabellos cubiertos con casquetes emplumados podría compararse con el movimiento de las aguas de una cascada precipitándose armónica y rítmicamente desde las alturas.

Sin embargo, allá arriba, uno de ellos debía haber calculado mal uno de sus audaces saltos, pues cuando miré hacia la escalera vi rebotar su cuerpo, inarticulado, de peldaño en peldaño hasta quedar por completo inmóvil, con el tronco colgando en el vacío sobre uno de los escalones.

La horda acababa de poner sus pies en el pedregal y huía a grandes saltos hacia el sur sin detenerse a recoger a su compañero malherido o muerto.

En las alturas se produjo una horrenda algarabía de graznidos, chillidos y feroces aletazos.

—¡Allí, Mark! —gritó Landfield.

Me volví. Un buitre cruzó sobre nuestras cabezas y planeó espectacularmente sobre la prehistórica escalera.

En una fulgurante pasada ascendente, las garras del ave tomaron el cuerpo inmóvil del *wayashi* que pendía de un peldaño y lo arrebataron como una pluma hacia las alturas

—¡Dios nos proteja! —pronunció Landfield con todo fervor.

Alcé mi arma.

—¡Dios y... este rifle, profesor! —grité. Y comencé a disparar contra las bestias que se cernían sobre la explanada de los sacrificios.

Dos buitres exhalaron horripilantes graznidos agónicos y se estrellaron pesadamente contra los erizados riscos superiores, dejando un revuelo de plumas en el aire.

—Podríamos subir... -dijo Landfield—, Ese pobre hombre, atado sobre esas andas…

—¿Subir? —chillé—. Usted está loco, amigo mió. Ni siquiera

lograríamos llegar a un tercio de esos peldaños. ¿Los ha estudiado detenidamente? Miden medio metro de altura. Y hasta la explanada debe haber más de trescientos metros en subida casi vertical. Allá arriba seríamos presa fácil de esos inmundos animales alados. ¡Ni lo piense! Hemos hecho todo lo posible. Míreme, profesor: estoy deshidratado. Necesito agua…, ¿sabe lo que es agua? —grité como un energúmeno.

Landfield me impuso silencio con un gesto enérgico.

—¡Calle! Ese rumor…

Dejé caer el fusil desmayadamente.

Pero era cierto. Hasta mis oídos llegó un rítmico *toc-toc-toc* Era como si algo cayese rebotando de peldaño en peldaño.

CAPITULO V

Landfield se separó de mí en dirección al inicio de la majestuosa escalera. Su trote era verdaderamente absurdo, pues bandeaba a un lado y al otro, y adelantaba las manos ávidamente como si tratase de recoger algo que caía de las alturas.

—Ha perdido la razón —temí.

Pero cuando aparté de mis ojos los prismáticos, vi algo que rebotaba de peldaño en peldaño. Eran como unas bolas de considerable tamaño.

Tres de aquellas formas esferiformes cayeron rodando sobre el pedregal y Landfield se inclinó, tomó una de ellas en sus manos y la agitó locamente.

—Loco. ¡La insolación terminó con él! —. gruñí.

Pero Landfield se llevaba a lo labios una de aquellas esferas y… ¡bebía ansiosamente!

—¡¡Mark!! —chilló, roncamente— ¡Son… una especie de cantimploras llenas de agua!

Abandoné el fusil y corrí hacia allá.

De un manotazo le arrebaté aquella especie de calabaza, me la llevé a los labios y bebí hasta atragantarme.

Desde luego, si se hubiera tratado de algún líquido ponzoñoso, ambos hubiéramos caído fulminados unos minutos después. Pero lo cierto es que, milagrosamente, se trataba de agua…, ¡agua pura y simple!

Landfield tomó la cantimplora de mi mano y volvió a beber, ahora con más sosiego. Incluso permitió que un poco de agua resbalase de sus secos labios y empapase su pecho.

—Los *wayashis* traían su provisión de agua —dijo, extrañamente reanimado—. Y en su precipitada fuga, al ser atacados por los buitres, perdieron algunas de ellas. ¡Busquemos! Debe haber más de estos eficaces recipientes naturales.

Examiné la cantimplora esférica. Indudablemente se trataba de un fruto de fuerte corteza, semejante a la calabaza, escrupulosamente

vaciado. Una fina malla de estambres de pita la recorría en toda su superficie, dejando un fleco muy resistente por el que se podía colgar. En cuanto al tapón, no era otra cosa que un guijarro redondeado, que encajaba perfectamente en el agujero del gollete.

Al pie de los primeros peldaños, encontramos otras dos cantimploras. El profesor hizo un nudo con los tres recipientes y se los colgó sobre el hombro izquierdo.

— Me siento revivir, Mark. ¿Subimos a auxiliar a ese infeliz? Es posible que aún le encontremos con vida —propuso.

Vacilé. Pero su fe, su entusiasmo y su decisión me arrastraron.

—Vamos allá.

Era tremendo. Landfield subía por la izquierda, aferrándose con ambas manos a los cantos del borde de la escalinata

Por el contrario, yo, confiado en mis renacidas fuerzas, saltaba ágilmente hacia arriba en el medio de la grada.

Por desgracia, pronto sentí mis piernas acorchadas e incapaces de realizar el esfuerzo necesario para seguir ascendiendo. Yo me encontraba para entonces a unos cien metros de altura y Landfield me seguía a unos veinte metros.

Fue en uno de nuestros descansos para recuperar el resuello cuando oímos un grito estridente.

Me volví y contemplé la polvareda que dejaban en pos de sí el capitán Brozinski, Young y Angela y Winifred Fane.

Formaban un curioso y grotesco pelotón que avanzaba con un cansino y desesperado trote a través del ardiente pedregal.

—¡¡McLean!! —gritaba Brozinski—. ¡Se arrepentirá de esto! ¡Devuélvame el fusil o...!

—¡Suba a por él, majadero! Se lo entregaré si es capaz de llegar aquí —grité.

Pero cuando e! grupo llegó al principio de la escalera, todos se dejaron caer absolutamente extenuados. Angela, que se apoyaba en el brazo de su padre, tropezó y arrastró a este en su caída.

—Envíales una cantimplora —dije a Landfield. Y seguí escalando lentamente, aunque finalmente opté por hacer lo mismo que el

profesor. Es decir, apoyarme en el borde de la escalera para ayudar con el esfuerzo de las manos a mis pobres piernas.

El contacto con aquellas piedras rudamente pulimentadas quemaba literalmente. Pero arriba cerniéndose amenazadoramente seguía la bandada de buitres dispuesta a caer sobre el reo del sacrificio depositado sobre el ara de forma oval.

Cuando llegue arriba y me dejé caer sobre el último peldaño, apenas creía que hubiera sido capaz de conseguirlo.

Desde aquella altura, el panorama de la explanada, el muro sobre el que se elevaba la aguja y las siluetas pavorosas de las carroñeras, allá en lo alto, suponía un espectáculo inolvidable.

Uno de los buitres que yo había abatido a disparos del fusil láser un rato antes había caído sobre la explanada enlosada. Cuando contemplé aquella enorme masa emplumada, sentí que el miedo enfriaba mi recalentada epidermis.

Más allá se elevaba el ara de gruesa piedra rosácea. Se elevaba dos metros sobre el pavimento, de modo que no pude ver al *wayashi* que sus compañeros habían inmolado a la voracidad de las aves carroñeras.

Sólo aguardé el tiempo imprescindible para recuperar la respiración. Cuando me incorporé, la huella de mi cuerpo empapado en sudor, quedó impresa por unos segundos sobre las losas.

Tuve que rodear la piedra oval por su fondo para conseguir subir. Y cuando estuve arriba vi a aquel desventurado sujeto con rudas sogas a las rústicas andas. Tenía lo ojos cerrados y alentaba con un estertor violento y dificultoso. Me acerque a el sin dejar de vigilar las alturas, pues bajo las colinas seguían describiendo sus majestuosos vuelos los buitres.

Le toqué. Tembló. Indudablemente imaginaba que las cañoneras acababan de cernirse sobre su cuerpo tembloroso.

Era joven, varón, de miembros largos y tronco bien formado, atlético. Vi sus orejas puntiagudas, su nariz hendida en las aletas y sus fauces resecas y agrietadas por el sol inclemente.

—*Akusi gee allana*? —pregunté. (¿Puedes entenderme?).

Parpadeó. Imagino que el resplandor del fuerte sol le habla deslumbrado. Pero al cabo sus ojos grisáceos con chispitas color plata me miraron inteligentemente.

—*Aiim* —respondió. Es decir: «Sí».

—He venido a rescatarte —dije en lenguaje *wayashi*—. Yo y otros amigos te ayudaremos a escapar de ésta.

Su histérica carcajada me sorprendió.

—¡Nadie puede salvar a Qokral! —gritó, haciendo raros visajes y expulsando una baba blanquecina y pastosa por las fauces.

—¡Vete al diablo, estúpido! —exclamé, impaciente. Y corté sus ligaduras con el cuchillo de Young, que aún no había devuelto.

El pobre apenas podía tenerse en pie. Cuando le incorporé y vio las colosales siluetas de los buitres se echó a llorar como un crío y luego prorrumpió en una especie de cántico religioso, de notas tan agudas y dramáticas que me hicieron estremecer a mi pesar.

—Vamos allá. Colabora conmigo. Estoy al límite de mis fuerzas —le dije. Y él se dejó pasar mi brazo por la cintura y yo le llevé hacia la escalera.

Desde aquella altura, la escalinata ofrecía un temible descenso, prácticamente vertical. Pero agarrado a los riscos del borde, comenzamos a descender cuando el profesor Landfield se encontraba a unos cincuenta metros de nosotros.

—¡Bravo, Mark! —aplaudió Landfield, calurosamente— ¡Lo ha conseguido!

La mano con la que aferraba a Qokral se me resbalaba peligrosamente. Me afiancé sobre el borde y sujeté al *wayashi*. Entonces contemplé con espanto su cintura y espalda, completamente ulceradas. Indudablemente, aquel joven indígena había recibido un castigo salvaje, a juzgar por los verdugones sangrientos que cruzaban su piel.

Por fortuna, Landfield llegó a tiempo de echarme una mano.

El profesor tomó a Qokral por un brazo y descendió lentamente con él.

Un grito autoritario llegó hasta mí. Me incorporé y vi al capitán Brozinski, que escalaba la empinada grada, sesenta metros más abajo.

—¡McLean! —chillaba—. ¡Entrégueme el fusil!

Sonreía cruelmente.

Los Fane y Albert Young se habían retirado a la sombra de un terrero distante unos cuarenta metros del principio de la escalera. De modo que para ellos no había ningún peligro.

—Solamente pienso enviarle una especie de anticipo —grité.

Y acompañando la acción a la palabra, elevé el fusil, apunté cuidadosamente y apreté el gatillo durante diez segundos.

El potentísimo rayo láser seccionó dos de los ciclópeos peldaños, que se desprendieron lentamente de la roca y cayeron dando tumbos, en medio de un estrépito horrísono.

Brozinski se vio obligado a saltar de costado para evitar que la enorme mole de cuarenta toneladas le alcanzase. Le vi rodando violentamente, de peldaño en peldaño y no pude evitar una gozosa sonrisa de revancha.

Mas arriba, Qokral y el profesor Landfield se habían de tenido aterrados.

—¡Mark! —gritó el profesor—, ¿Qué es lo que se propone?

—Solamente demostrar a Brozinski que ahora soy yo quien tiene los triunfos —grité salvajemente. Y elevé el cañón del fusil.

En cuanto a Brozinski, había logrado detener su caída y se aplastaba como un inmenso sapo contra un escalón y me miraba fijamente, espantado.

Descendimos. Brozinski se apresuró a poner distancia entre él y yo cuando me vio bajar, Un momento después estaba abajo.

—Écheme una mano, por favor Mark. ¡No puedo más! —jadeó Landfield.

Bajé y cogí a Qokral. A pesar de que aquel pobre hombre había recibido un castigo increíble, parecía consciente de que necesitaba prestarme un mínimo de ayuda, de forma que su cuerpo se plegaba al mío sumisamente, para hacerme más fácil arrastrarle.

Poco después nos reuníamos con Young y los Fane en el terreno. Brozinski, todavía desconfiado, se mantenía a unos metros de distancia.

El mayor miró inquisitivamente al hombre *wayashi*. Inconscientemente, sus labios se fruncieron en un rictus de repugnancia.

—Huele horriblemente. ¿Quién es? —preguntó.

—Qokral, de la tribu de los *wayashi* —respondió—. Sus Congéneres le habían condenado a morir devorado por los buitres. El profesor y yo decidimos echarle una mano.

—¡Están locos, locos de atar! —murmuró Fane, tembloroso—. Nos han expuesto a todos a un peligro cierto sólo por salvar a un salvaje que huele como una bestia nauseabunda.

Era cierto que Qokral no olía a rosas. Y ello era debido a la grasa de reptiles con que alguien había untado su cuerpo lacerado. Pero a mi me molestó especialmente que el mayor tratase con tanto desdén a un ser humano.

—Ustedes dormían pierna suelta cuando oímos el griterío de los *wayashi*. No habrían estado en peligro, si no hubieran cometido la estupidez de abandonar el refugio de la grieta —dije.

—Vinimos porque usted había robado el fusil al capitán Brozinski —pronunció Fane, acusador—. Y no voy a ocultarle que este error lo pagará caro. Robar un arma a un oficial, solo puede servir para agravar su situación, McLean. El Consejo lo tendrá en cuenta.

Me eché a reír a carcajadas.

—El loco es usted, mayor. ¿Es que aún no ha comprendido la situación por que atravesamos? —clamé, malhumorado. Entienda que a mí, a la hora presente, me importa un bledo su Consejo y todas sus amenazas. Me interesa, por encima de todo, salvar mi vida. Y de paso, cometeré la tontería de salvar las de ustedes, si no me ponen demasiados obstáculos. Pero no me hostiguen demasiado o perderé los nervios.

—Está bien —Fane parecía dispuesto a ceder—, Pero entregue el fusil al capitán Brozinski.

Mi paciencia estaba llegando al límite Por fortuna, Landfield vino en mi ayuda cuando yo comenzaba a despotricar.

—El fusil está en buenas manos, mayor. ¿Cómo hay que demostrarte que McLean es mil veces más sensato que ese temerario Brozinski?

Las piernas de Qokral se doblaron. Landfield intento sostenerlo, pero finalmente ambos rodaron por el suelo.

Corrí en su auxilio. Cuando me inclinaba sobre ellos, Angela Fane

se acercó a mí.

—Déjeme Mark —pidió mansamente— Yo les ayudaré. Será mejor que vigile usted a Brozinski, Me parece que no le animan buenas intenciones.

Angela tenía una cantimplora entre las manos y daba de beber al joven *wayashi*.

Entre la mujer y el profesor llevaron a Qokral a la sombra. Arriba, los celajes se iban tomando más espesos y prácticamente tapaban ya el disco solar. El viento soplo un poco en ese momento, desde el sur. En aquella dirección se veían densas formaciones de estrato-cúmulos de color plomizo, anuncio casi siempre de tormenta inminente.

Quizá lloviese un poco. Podríamos refrescarnos un poco, recoger agua, disponer de algunas horas más de esperanza El mayor Fane estaba despotricando entre dientes. Al parecer, no le satisfacía demasiado la proximidad del *wayashi*.

Qokral me miró con interés cuando me acerqué. Y luego prorrumpió en una carcajada que puso los pelos de punía a los presentes.

—Xanya kili ana-medrah? —pronuncié.

Qokral se estremeció.

—Ahawaina gee joi enqalli —dijo, tembloroso.

Todos me contemplaban con admiración

—¡Habla el idioma de esos… de esos hombres! —exclamó Angela.

—¿Qué ha dicho, Mark? —Preguntó Landfield, atento.

—Le acabo de preguntar por qué le trajeron al altar de los sacrificios, —confesé—. Dice que a los locos les traen aquí para que los buitres devoren sus espíritus y nunca más vuelva la locura a Zeleff.

—Horrible —murmuró Landfield—. En lugar de cuidar a los perturbados mentales, los entregan al horror del sacrificio. ¡Es increíble!

—Pero... ¿está verdaderamente loco? —preguntó Young, con un supersticioso temor que empequeñecía sus ojos hundidos.

Hice la misma pregunta a Qokral. Rompió a reír nerviosamente, mostrando sus blanquísimos dientes lobunos.

—Ha sufrido unas fiebres. Deliraba y le tomaron por loco. Pero dice que se siente bien, aunque físicamente quebrantado por el castigo que recibió a lo largo de dos semanas —traduje.

Y añadí:

—Este hombre puede sernos de gran utilidad como guía. Si lograrnos ganarnos su confianza, y no creo que sea muy difícil después de haberle salvado la vida, nos ayudará.

Fane se incorporó.

—No crea que voy a permitirle dirigir este grupo, McLean. Por desgracia, dependemos de usted, pero todo tiene un límite.

—Usted lo ha dicho —me impacienté—. Ahora, señor le guste o le disguste, usted no tiene ninguna autoridad. El único valor real es esto —golpeé con fuerza la culata del fusil— y la capacidad de cada cual para salir adelante. Por tanto, lo mejor que puede hacer es callarse, mientras no sea capaz de aportar alguna idea eficaz.

—¿Quiere decir que vamos a tener a ese salvaje con nosotros? —preguntó Fane, incrédulo.

Aunque la situación no estaba para bromas, reí sin acritud.

—Exactamente, señor. Claro que si tanto le ofende la presencia de Qokral, sólo tiene que apartarse de nosotros y seguir su propia ruta. Así nos durarán más esas pequeñas cantimploras de agua —aduje.

Y Fane calló como un muerto.

Charlé durante unos minutos con el *wayashi*. El dijo que el poblado al que pertenecía se encontraba «a-dos-vueltas-de-woom» (woom significaba sol *wayashi*, es decir, a dos días de viaje, dirección sur.

Y añadió algo que me dio que pensar.

—No valle, Tormenta. La inundación arrasará todo.

Dirigí una temerosa mirada al firmamento, en efecto, los nubarrones que el viento empujaba desde el sur habían progresado mucho en su avance, de forma que ahora todo lo que abarcaban mis ojos estaba cubierto de nubes tempestuosas. Como yo conocía la virulencia de las tormentas del Desierto de Casi, tomé muy en cuenta la advertencia de Qokral.

—Es precisó que subamos a la meseta —anuncié—, se avecina una tormenta.

Fane discutió conmigo durante unos minutos. Luego Landfield tomó al indígena y yo les seguí hasta la trocha a través de la cuál habíamos descendido al valle. Aunque mala gana, los demás nos siguieron.

Aún no hablamos alcanzado la meseta; cuando brillaron en el firmamento los primeros relámpagos.

Una exhalación alcanzó la aguja del ara de los sacrificios y la roca se fundió como si fuera pasta de caramelos. La experiencia fue inolvidable, inmediatamente, todos avivamos el paso.

Unos minutos después diluviaba prácticamente. La lluvia era tan espesa que apenas nos permitía respirar.

Al caer el agua sobre el suelo ardiente, se transformaba automáticamente en vapor de agua que flotaba a ras de las rocas a las que íbamos afianzándonos.

Pronto la visibilidad decreció hasta el punto de que apenas podíamos ver a diez metros de distancia

La niebla se espesó. Pero arriba por encima de los mil metros, la tormenta eléctrica seguía desatándole violentamente. De repente, un resplandor vivó taladraba la niebla caliente y luego resonaba el trueno, atenuado por la masa de vapor a través de la cual nos abríamos camino con gran dificultad.

Habíamos perdido el sentido de la orientación, pero estábamos a salvo.

Una hora después, serian las seis de la tarde, un viento tibio sopló del sur y barrió la niebla.

—*Awaoorasi*! —clamó Qokral. (¡La riada!).

Presté atención.

A mi oído llegó un fragor estruendoso, cada vez más próximo y estremecedor.

Temerariamente, me acerqué al borde de la meseta y miré hacia el valle.

Mi garganta se secó súbitamente cuando vi avanzar aquella

colosal masa de agua valle abajo.

Durante varios minutos estuve contemplando, estupefacto, el espectáculo impresionante de la riada que anegaba el valle, formando remolinos de agua amarillenta.

Si no hubiéramos oído el consejo de Qokral… Bien, era seguro que a aquella hora no podríamos contarlo.

Cuando me volví, comprobé que Young, Brozinski, el mayor Fane y su hija estaban contemplando la inundación a unos pasos de mí.

La mirada del mayor se cruzó con la mía.

—Bien Imagino que ahora aceptará que traer a Qokral con nosotros nos ha sido muy provechoso —dije, irónico.

Fane bajó la mirada, pero no hizo ningún comentario.

CAPITULO VI

Al amanecer regresamos con un improvisado morral cargado de piedras de color blanquecino.

—¿Sal? —preguntó Young, cuando Landfield, Qokral y yo mostramos nuestro pequeño tesoro sobre la lisa roca—. Para qué habrían de servirnos unos terrones de sal, si no para avivar nuestra sed? Por ahora tenemos agua, pero más tarde…

El profesor rió sin ganas.

—No es sal, sino una especie de glucosa concentrada. Hay un yacimiento a medio día de viaje de aquí Esto nos dará fuerzas, aunque yo evidentemente preferiría un buen bistec. No obstante, si le repugna, déjelo

Young tomó uno de aquellos terrones, lo probó desconfiado, pero su sabor no debió desagradarle, porque siguió chupando y chupando durante todo el día. Un momento después todos estábamos lamiendo desesperadamente aquellas piedras cuyo yacimiento nos había mostrado Qokral.

De todas formas, la tensión en el grupo había crecido mucho a lo largo de aquellas dos jornadas que siguieron a la riada.

Fane, Young y Brozinski habían terminado por admitir a Qokral en el grupo, aunque bien sabíamos todos que esta concesión sólo se debía a su egoísmo, pues el nativo podía sernos de enorme utilidad, como ya había demostrado en dos ocasiones.

Landfield, que además de profesor de Universidad era doctor en medicina, había explicado la necesidad de que aguardásemos unos días hasta que las heridas de Qokral cicatrizasen.

—Está muy débil —arguyó— Han debido tenerle muchos días sin alimentarle y sin darle de beber. En su estado actual, este hombre no podría seguirnos ni una sola jornada. Esperemos. Estoy seguro de que se repondrá. Es fuerte y resistente. La naturaleza obrará por él.

Pero Brozinski, olvidadas sus diferencias con Fane, conspiraba frecuentemente con el mayor

Por fortuna. Angela se había declarado neutral y Young era un indeciso. Pero yo estaba seguro de que Brozinski esperaba su

oportunidad para arrebatarme el fusil y erigirse en jefe del grupo para imponer su voluntad a los demás.

Naturalmente, Landfield y yo nos turnábamos por la noche. El profesor dormía las primeras horas, al cabo del primer turno me despertaba y yo montaba estricta guardia hasta el amanecer.

En cuanto a Qokral, yo había avanzado mucho con él. Ya no reía con aquellas explosiones de hilaridad histérica y, aunque se mostraba un poco reservado, se comportaba como una persona normal.

Algunas noches debía sufrir pesadillas, porque le había oído gritar, mientras se agitaba violentamente en el suelo:

—¡Huru, huru! —(¡Los buitres, los buitres!).

No quería volver con la tribu troglodita a la que pertenecía. En cambio me había hablado muy excitado de los *kooxes,* los habitantes de la zona sudoccidental del Casi, una larga franja de terreno entre la montañas Hoa y el desierto.

—Buena gente, buena gente —solía decir Qokral. Y me explicó que *kooxe* significaba en un dialecto arcaico hombre creyente.

Aquella noche Qokral daba grandes muestras de ansiedad. Aunque sus heridas estaban cicatrizando y él daba muestras de creciente vitalidad, el *wayashi* parecía anormalmente inquieto.

Muy de noche ya, Landfield me despertó para hacer el relevo.

—¿Y Qokral? —le pregunté, al comprobar que su sitio, junto al profesor, estaba vacío.

—Se levantó. Dijo que quena observar el celo —respondió.

Me sentí intrigado. Abandoné la grieta a la que habíamos vuelto y salí al aire libre.

Qokral, esbelto y erguido, se encontraba al borde del talud y contemplaba el cielo, absolutamente inmóvil.

Le llamé. Y se volvió.

—¿Qué te ocurre?

—Ceeop —dijo—. No luce esta noche.

Elevé la mirada y comprobé que decía la verdad. E segundo satélite de la noche permanecía oculto.

—¿Qué significa eso?

—Horwon está cerca —dijo Qokral.

—¿Horwon?

—Es el dios de los *kooxes*. Ellos cuentan maravillas. Dicen que Horwon se aparece a sus adoradores en Korshborroxon Es una montaña, a unos tres días de aquí —respondió sin mirarme-. No sé como te he dicho esto, *praxana* (amigo). Es tabú. Yo estuve viviendo con los *kooxes* durante dos lluvias. Me admitieron y me trataron como a un hermano. Y fui testigo de increíbles maravillas. Fue...

Se cortó bruscamente.

—¡Sigue! —le animé, sugestionado por el relato. Pero Qokral no parecía decidido a hablar.

—Tú y yo somos praxanas —invoqué—. ¿No puedes confiar en mí? ¡Habla!

Todavía vaciló un instante.

Y luego me explicó detalladamente la experiencia portentosa que había vivido en el valle de Korshborroxon.

Según Qokral, el agua manaba abundante de los senos de la tierra cuando los *kooxes* se reunían en una inmensa caverna de la montaña a invocar al poderoso dios Horwon.

Como yo conocía la zona, la más árida de los confines del Desierto de Kassi, la confidencia de Qokral me impresiono fuertemente. Cierto que, desde las alturas, a bordo de las aeronaves PG de exploración, había contemplado muy a menudo aquella mancha verde de un valle escondido Pero que los manantiales comenzasen a verter agua sólo porque los fanáticos *kooxes* se reuniesen a orar en una gruta…

Pero Qokral insistió con gran fervor. E iba excitándose a medida rué me describía las maravillas que ocurrían en Korshborroxon. Los indígenas poseían maravillosas viviendas en un muro de arcilla, en la pradera, manadas de antílopes pastaban libremente, los *kooxes* se dedicaban frecuentemente a fiestas, unas profanas, otras religiosas. Y lodo el mundo era feliz en aquella especie de paraíso.

Me contó que los *kooxes* eran esencialmente cazadores y pastores. Algunas de sus tribus vivían pastoreando sus *xeboos* (bueyes gigantescos de cuatro mil kilos de peso, que yo había filmado a gran

distancia de allí) y cuando llegaba la sequía se reunían en la gruta-santuario de Korshborroxon.

—¿Para qué? —pregunté, ávidamente

—Durante tres días permanecen en las galerías subterráneas, en actitud de profunda adoración. Luego, tres o cuatro mil personas, con sus animales domésticos y sus enseres, confluyen en la caverna capaz de admitir más de diez, mil *wayashis.* Allí imploran a Horwon con cánticos y rezos. Cuando Ceeop se apaga, una estrella desciende sobre el cráter del volcán apagado de Korshborroxon —narró Qokral, abstraído—. En el centro de la cueva depositan un gran cubo de piedra, una roca enorme, perfectamente tallada. La luz de la estrella penetra a través de la chimenea del volcán y funde la piedra. ¡Entonces aparece él Omnipotente Horwon en todo su esplendor!

Las palabras de Qokral obraban en mi ánimo un efecto mágico. Aunque mi razón me dijese que todo aquello no eran sino simples elucubraciones fantásticas, debo reconocer que me sentía fascinado.

Qokral vibraba, influido por la fuerza de sus propias vivencias.

Luego, me confeso que en aquel memento se había traspasado por un religioso temor.

—La Divinidad me fulminó. Caí a tierra, marcado, y perdí el uso de mis sentidos —confesó en su inconexo dialecto *wayashi*—. Cuando volví en mí, las manadas de *xeboos* escapaban en tropel de la caverna y los *koxees* los arreaban, dominados por una extrañó ímpetu. Me sentí arrastrado por las turbas, que gritaban excitadas. Caí al suelo, me golpearon y patearon. Luego una maravillosa mujer que vestía un ceñido *Tchikal (*malla de oro cobrizo) me tendió una mano y me levantó del suelo. «*No temas, Qokral, estamos en Kronkrai, la tierra de promisión de los koxees*.

—Una mujer…

—Bellísima, como una diosa. Dijo: «*Yo soy Aairah, sacerdotisa del Benefactor. Su ansiedad por disfrutar del paraíso les ciega. Pero yo te atenderé*.»

Qokral calló. Parecía ensimismado, aunque sus ojos tenía un brillo feliz.

—Me sacó de Korshborroxon a través de una larga galería subterránea —añadió el *wayashi*, soñador—. Temí encontrarme nuevamente en el árido desierto infecundo, pero me sentí maravillado

cuando salimos a la luz del sol y mis pies caminaron sobre una pradera cubierta de verde hierba. Mis ojos se extasiaron en la contemplación de un valle inmenso, donde crecían ubérrimos frutales y pastaban miles de reses. Altísimas montañas circulaban aquel lugar. Mi vista se llenaba del verdor boscoso de las frondas que crecían en las praderas. Aairah me llevó en pos de los *kooxes* y pude ver maravillas sin cuento: el alegre poblado bajo enormes árboles de frondosas copas, los corrales del ganado, el río que corría rumoroso a poca distancia, las flores, las cuidadas terrazas donde crecían jugosas hortalizas... ¡*Praxana,* todo lo que un *wayashi* del Kassi podría soñar!

—Pero, según me explicas, aquél era un lugar muy distinto. No se trataba de las resecas mesetas del Kassi —argüí, asombrado.

—Era otro mundo, *praxana,* era... ¡el Paraíso! Aairah lo había dicho. Allí había todo lo que un hombre justo pueda desear: comida, frescura, agua en abundancia, amistad... Qokral se dejó caer, exhausto.

Pero yo me sentía demasiado atraído por la visión que aquel ser elemental había sabido recrear para mí.

Me agaché junto a él, que jadeaba entrecortadamente con la vista en el firmamento. E insistí:

—Cuéntame más, *praxana* —suplique—. ¿Como era Aairah?

Los ojos grises de Qokral brillaron iluminados.

—Era… magnifica. Más bella que la *kubril* (extranjera) que viaja con vosotros —se refería, evidentemente a Angela Fane—. Sus ojos dorados tenían un brillo compasivo y amistoso. De su cuello colgaba la señal del Divino, un magnifico collar macizo de eslabones de *Tchikal* que sujetaban sus precioso senos. ¡*Praxana,* era la mujer más bella que jamás contemplaron mis ojos! Por desgracia, desapareció en seguida, sin darme tiempo, apenas, a admirarla como se merecía. Dijo: «Vive en el paraíso y ama a los *kooxees,* querido Qokral. Pero si alguna vez echas de menos a los tuyos, sólo tienes que seguir el curso del río. Cuando llegues a la muralla de piedra se precipitan en la oscuridad. Déjate llevar por ellas. No temas. En pocos minutos estarás lejos, al otro lado del paraíso y encontrarás fácilmente el camino que lleva a tu lugar de procedencia.» Cuando dijo esto, avivó el paso y se confundió con los alegres *koxees* que gritaban y reían, jubilosos, redescubriendo un mundo que había gozado en otra encarnación, aquel que siempre les había sido anunciado por los mensajes de Horwon.

—¿Qué hiciste? —le pregunté, temeroso de que mis palabras

deshiciesen el hechizo que parecía crear Qokral con su vivida descripción.

—Me comporté como un estúpido, *praxana* —confesó tristemente —. Aunque la vida allí era hermosa y fácil lejos de violencias y de miserias, sentí la nostalgia de los míos. Así que, tras algunos días de vacilación, seguí el curso del río, llegué hasta la boca oscura que se tragaba la corriente, y descendí desde la orilla, abandonándome a la fuerza de las aguas que descendían tumultuosas. Por un momento, sentí el pavor dentro de mí, al verme arrastrado hacia las tinieblas. Pero como Aairah había asegurado, apenas transcurrió un instante y en seguida brotó la luz y emergí a la superficie de una pequeña charca, al borde del desierto. Saltó fácilmente a tierra y me puse en camino hacia el centro del Kassi. ¡Nunca debí hacerlo! El trayecto se convirtió en algo interminable y penoso, de forma que aún no puedo explicarme cómo logre sobrevivir. Lo cierto es que, gravemente quebrantado y enfermo llegué junto a los míos al cabo de un año. La enfermedad me obligaba a gritar y a pronunciar palabras incoherentes. Me tomaron por loco y… *praxana*, el resto lo conoces por ti mismo.

—Si —murmuré emocionado. Y deposité una mano amistosa sobre su hombro.

Permanecimos aún un rato en la meseta, contemplando el brillante firmamento. La temperatura era extremadamente baja. Pero ni Qokral ni yo adveramos el rigor del frío intenso.

Al cabo, muy cerca del amanecer, dije a Qokral:

—Retirémonos, *praxana*; es preciso que descansemos. Mañana tendremos que caminar durante muchas horas.

Me miró en silencio.

—¿Has decidido partir? ¿Puedo ir contigo? —dijo, después, con cierta ansiedad.

—Tú eres imprescindible, Qokral. He decidido que caminemos hacia Korshborroxon. ¿No dijiste que Horwon está próximo? Lo confieso: me has dejado intrigado con tu relato. Quiero comprobar cuanto hay de verdad o mentira en toda esa historia Pero en cualquier caso, espero que encontremos agua abundante en ese lugar… Luego. Ya veremos

CAPITULO VII

Cuando volví en mi, escuché un quejido lastimero. Me incorporé. Todo mi cuerpo se estremeció de dolor. Cuidadosamente, palpé mi cabeza y yo mismo grité con toda la furia de un animal salvaje.

A un paso de mi se encontraba Qokral, malherido. Al fondo la grieta, el profesor Landfield, caído de bruces en extraña postura, mostraba sus cabellos manchados de sangre reseca.

Me alarmé.

Por fortuna, el profesor se removió y alzó su rostro pálido y demacrado.

—Lo siento, Mark —gimió— No pude impedirlo —confeso— Brozinski os estaba esperando, después de golpearme con una piedra en el cráneo. El y Fane se pusieron de acuerdo. Aunque Angela se opuso. Cuando tú y Qokral descendisteis a la grieta...

Calló.

—Comprendo —dije—. Nos atacaron a traición. Brozinski logró hacerse con el fusil. ¡Pobre Qokral! —mi *praxana* yacía desvanecido, a un paso—. No es justo golpear a un hombre que, como éste, había recibido previamente un castigo durísimo. Supongo que se llevaron todo el agua...

Landfield dirigió un vistazo al fondo de la grieta.

—Eso me temo —balbució—. Y en una situación así... ¿Qué podemos esperar? Esta grieta será nuestra tumba.

Me incorporé. Mi cabeza, seriamente lesionada, me provocó una oleada de rabioso dolor.

Landfield reptó hacia Qokral. Entre los dos tratamos de reanimar al *wayashi.* Pero no fue sino muchas horas después cuando nuestro amigo indígena recobró el conocimiento.

No dijo nada. Para él, al que habíamos arrebatado de los voraces picos de las carroñeras, no parecía existir el derecho a quejarse, siquiera, aunque la brecha que Brozinski había abierto en su cabeza de un feroz culatazo tenía unas dimensiones pavorosas.

—¿Hacia dónde se dirigirán esos locos? —me preguntó,

desorientado.

—Brozinski dijo que lo mejor era dirigirse al norte, tenía la esperanza de alcanzar el borde del desierto.

¡Estúpido ignorante! El confín norte del Kassi se hallaba a casi dos mil kilómetros de distancia. Lo más sensato era dirigirse al sudoeste, donde comenzaban las sabanas y los fértiles valles próximos a las montañas Hoa.

Por desgracia, a nosotros nos separaban casi novecientos kilómetros de allí.

Súbitamente recordé la narración de Qokral, que nos había mantenido despiertos a ambos durante tantas horas de la noche.

—¡Korshborroxon! —exclamé.

Qokral se animó.

—¡Sí! —dijo, con un brillo de ilusión en sus extraños ojos gris-plata.

Explique por encima al profesor nuestra conversación de la noche anterior. A medida que yo hablaba, los viejos ojos de Joshua Landfield reflejaban emoción e incredulidad. Pero aquel hombre era tan aventurero y entusiasta como yo. Y reaccionó como era de esperar.

—¿Por qué no nos dirigimos hacia allá?

Nos miramos los tres, dominados por la más intensa excitación.

—¿Por qué no? —dije yo.

—Solo son tres vueltas de Woom, nos animó Qokral, excitado.

Los tres estábamos malheridos, pero la obsesión que se adueñaba de nosotros nos hacia olvidar el dolor, la debilidad, el peligro.

Estaba anocheciendo.

—Vamos —propuse—. No perdamos un momento. Quiero escapar de este maldito lugar sea como sea.

Abandonamos la grieta. Nuestros movimientos eran tan lentos y lastimosos que hubieran movido a compasión a cual quiera... A cualquiera que no fuera Yruislaw Brozinski, naturalmente.

Mientras descendíamos la estrecha senda al borde del valle, pensé

en Brozinski y el rencor se desató dentro de mi.

—Maldita sea su alma —gruñí entre dientes—. Ojalá no lleguemos a enfrentarnos de nuevo. Si le tuviera frente a mí…

Pensé en Angela Fane. Aquella bella muchacha me había hecho mucho, muchísimo daño. Locamente, Angela había iniciado una peligrosa aventura que había desembocado en una verdadera tragedia. No era sólo que hubieran muerto unos cuantos —demasiados— hombres, incluidos mis dos ayudantes cartógrafos. Ella había mentido, me habían acusado, a sabiendas del daño que iba a hacerme.

—¿Por qué?

Hice la pregunta a Landfield, que nos seguía duras penas por la escabrosa senda.

—¿No lo has comprendido, muchacho? Ella está enamorada de ti —respondió el profesor—. Según lo que he podido averiguar, tú la despreciaste. Fue el despecho lo que desató el odio en su pecho. Por eso te acusó.

¿Despreciarla, despreciar a una mujer tan bella como Angela? Naturalmente que no, sólo había tratado de protegerla. Pero ella…

—Ya sé que es muy amargo, Mark. Pero ella parece arrepentida —dijo el profesor, jadeante.

—Demasiado tarde, ¿no le parece?

—No lo creas Antes de que partieran, ella confesó toda la verdad a su padre. Dijo que estaba apasionadamente enamorada de ti. pero tú jamás reparaste en ella. Por eso decidió forzarte en ese loco viaje al confín del desierto. No voy a decir que Angela no se equivocó.

Demasiado tarde, si.

Aunque me lo propusiera, yo no podía odiar a Angela. Ahora, si analizaba mis sentimientos, podía decir que sentía una intensa compasión por ella. Pero no amor. De ninguna manera. Yo no podía amar a la mujer que, para darme celos, se había entregado locamente a Ferreira y Dos Santos.

Atravesamos el cauce seco del valle. Cuatro días después de la imponente riada, el fondo del valle aparecía reseco y agrietado, sin un sólo charco.

Miré hacia las alturas En el cielo brillaba la luz trémula del

satélite Sdu, pero Ceeop, tal como Qokral había apreciado, se mantenía oculto.

«El anuncio de la venida de Horwon,», pensé.

Por supuesto, que no creía al pie de la letra las palabras del *wayashi*, por más que Qokral me hubiera dado suficientes muestras de sensatez y serenidad.

Sin embargo, confieso que la curiosidad me traspasaba y aguijoneaba frenéticamente. ¿Que extraño fenómeno ocurría en aquella gran caverna a la que Qokral llamaba Korshborroxon?

El terreno sobre el que caminarnos comenzó a elevarse a través de terrazas escalonadas, absolutamente estériles.

Qokral, que se había retrasado, dejó escapar un grito de aviso.

—¿Que?

—Una cantimplora, *praxana* —anunció viniendo en una corta carrera hacia nosotros.

La tomé en mis manos, incrédulo.

El recipiente estaba vacío. Por un momento imaginé que aquella cantimplora había sido abandonada por los *wayashis* que habían elevado a Qokral al ara de los sacrificios, pero éste movió la cabeza dubitativamente cuando hice un comentario en ese sentido.

—No. Las cavernas *wayashis* se encuentran hacia el sur —señaló la dirección exacta con su largo y delgado brazo— Esta cantimplora... Es una de las que encontraste al pie de la escalera.

—Así que Brozinski mintió —dijo el profesor Nos hizo creer que se dirigía hacia el norte, cuando en realidad caminan en dirección sudoeste.

—¡Claro! —exclamé. Esperan llegar al santuario de Wakax, donde encontrarán provisiones, agua, armas y vehículos con autonomía para más de dos mil kilómetros. Si llegasen a Wakax no les seria difícil alcanzar Xahuantah en una o dos jornadas.

Landfield escupió en la tierra.

—¡Ilusos! Como piensan llegar a Wakax? ¿Arrojando los recipientes en los que podrían recoger agua del rocío? —exclamó malhumorado—. Son unos locos, unos verdaderos suicidas.

Pero a mí, aquel hallazgo me intranquilizó. Brozinski tenía un rifle. Si había decidido abandonarnos a nuestra suerte, lo más lógico era que nos atacase en cuanto estuviéramos a su alcance. Y teniendo en cuenta que los mortíferos disparos láser podían destrozar a un cuadrúpedo a casi un kilómetro de distancia...

—No cabe duda de que siguen nuestra misma dirección —dije a Qokral. Y le advertí—. Mantente atento. Es posible que recibamos una sorpresa desagradable.

Pero lo cierto es que se hizo de día y nada ocurrió.

Cuando el inclemente sol comenzó a abrazar aquel alucinante paisaje kárstico, recorrido por miles de barrancos y desfiladeros profundos, comencé a buscar una gruta donde reposar durante las tórridas horas.

—¿Descansar? —me lanzó Qokral, sorprendido—, ¿Por qué? Podemos continuar caminando a través del El-Ahanda. Allí hay agua abundante.

—¿El-Ahanda? —preguntó Landfield con voz ronca, pues no habíamos bebido desde catorce horas antes.

—Está próximo. Es el camino que siguen los *koxees* para llegar a Korsnborroxon. Es un dédalo de galerías subterráneas. Yo os guió —ofreció.

—Pe ¿como? ¡Ni siquiera tenemos una lámpara!

—Mira mis ojos, *praxana* —insistió Qokral, clavando en mi sus enigmáticos ojos de metálico color gris-plata—. Nací en las tinieblas. Mis ojos pueden ver en la oscuridad —al ver nuestra indecisión, se burló—, ¿Tenéis miedo?

—Guíanos hacia ese sorprendente El-Ahanda —decidí.

Atravesamos una sucesión interminable de promontorios áridos, cubiertos de cantos puntiagudos que escaldaban dolorosamente las plantas de nuestros pies. Sin embargo, Qokral, que no tenía calzado, caminaba descalzo sin demostrar la menor molestia.

Al fin nos llevó hasta una estrecha garganta escondida. Descendimos por una vereda ancha, perfectamente endurecida. Y de pronto nos encontramos ante aquella abertura en la roca.

—¡El-Ahanda! —exclamó Qokral, alegremente.

Sudábamos por todos los poros, al límite de nuestras fuerzas, de modo que le seguimos fanáticamente a través de la fresca sombra.

Cuando las tinieblas nos rodearon. Qokral comenzó a caminar de espaldas. En las tinieblas, veíamos brillar sus ojos plateados como dos luciérnagas.

—Seguidme —dijo. Y me maravilló comprobar que caminaba tan fácilmente de espaldas como hacia adelante.

Al cabo de algún tiempo, se detuvo al pie del muro. Sus ojos, próximos a la roca, iluminaron la piedra húmeda, a través de la cual corría un hilo de agua.

Landfield se dejó caer y con las manos se refrescó ávidamente las sienes. Qokral unió sus larguísimas manos y formó una especie de embudo a través del cual el agua llenó en pocos minutos nuestra única cantimplora.

Landfield bebió con violenta avidez. Cuando se sació, yo le arrebaté la cantimplora de las manos y bebí brutalmente, sin reparar en que la mitad del agua se derramaba entre mi rostro y mi pecho.

Cuando hube agotado el agua del recipiente, Qokral lo tomó de mis manos con suavidad, lo llenó en el pequeño manantial y bebió tranquilamente, sin demostrar la menor prisa, lo cual nos asombró a Landfield y a mí.

Llena nuevamente la humilde vasija, Qokral se puso en marcha.

Ahora caminaba rápidamente a través de las enrevesadas galerías de aquel camino subterráneo llamado El-Ahanda.

De repente, me di cuenta de que podía ver perfectamente, sin necesidad de guiarme por los fosforescentes ojos de Qokral, que avanzaba dándonos la espalda.

Cuando hicimos el primer alto para recuperar fuerzas, el profesor Landfield se quedó mirándome con una expresión crispada.

—¡Mark! —exclamó, asustado—. ¡Tus ojos despiden luz!

Me volví hacia él. Y vi sus pupilas dilatadas, fosforescentes.

—¡Y los suyos! —grité—. ¡Parecen dos pequeñas linternas!

Qokral, que nos observaba a unos pasos de distancia, se echó a reír. Su carcajada resonó alegremente en las profundidades

subterráneas.

—Tranquilízate, *praxana* —expresó—. Es el efecto del agua del manantial del El-Ahanda —su expresión sardónica se borró para explicar—: Esas aguas contienen sustancias que permiten ver en la oscuridad, mediante una dilatación de las pupilas.

Antes de que hubiera terminado de hablar, se había dado la vuelta y caminaba ágilmente a lo largo del pasadizo excavado en la roca por las aguas subálveas.

EI profesor murmuró un reniego. ¡Era tan duro para él seguir una marcha tan viva...! Durante los primeros metros caminó renegando, pero finalmente debió comprender que los reniegos a media voz le impedían respirar debidamente y se calló.

No sé cuánto tiempo caminamos a través del entresijo de caminos que se cruzaban y bifurcaban continuamente; a pesar de lo cual Qokral escogía siempre la dirección precisa sin dudar ni un segundo.

Al fin, el piso descendió bruscamente. Al doblar una vuelta del pasadizo, vimos una luz circular.

—Ya hemos llegado. El-Ahanda ha terminado —anunció el *wayashi* con decidido entusiasmo.

De repente salimos de las entrañas de la tierra y nos encontramos en una extensión dilatada, cubierta de pastos resecos.

Woom, —el formidable sol de Zeleff— había desaparecido más allá di la línea del horizonte, si bien aún restaba luz del día suficiente para apreciar el entorno que nos rodeaba.

—¡Hemos caminado durante todo el día y... apenas me siento cansado! —exclamó el profesor.

—Increíble. Más de doce horas caminando y… aún me siento con fuerzas para continuar —comenté, admirado.

—Es el agua de los manantiales de El-Ahanda —respondió Qokral sin darle importancia— Posee numerosas y raras propiedades curativas y energéticas. Yo mismo me siento ahora mismo como si jamás hubiera recibido el menor daño.

Landfield y yo le miramos, estupefactos. Las costras que habían cubierto los días anteriores toda la espalda y el rostro de Qokral se habían caído. Pero lo más impresionante era que las costras no habían dejado la menor cicatriz.

Cuando Landfield se volvió hacia mí, advertí que sus ojos habían cambiado de coloración. El tono natural, azul claro, se había convertido en un atractivo gris-plata destellante.

Cuando le hice notar este cambio, el profesor saltó:

—¿Gris-plata, brillantes? Ese es exactamente el color de tus ojos. Mark. ¡Exactos a los de Qokral!

Nos volvimos ambos hacia el *wayashi*. Pero Qokral se limitó a sonreír enigmáticamente y a pronunciar:

—Es el agua de El-Ahanda.

Landfield sacó de su rústico zurrón unos terrones de glucosa pura que Qokral y yo nos apresuramos a chupar ávidamente.

Luego dejé caer mi mano sobre su hombro y dije:

—¿Qué dirección hemos de seguir, *praxana*?

Tendió su largo brazo en dirección al canchal que teníamos enfrente.

—Whomo Pnasai —dijo—. Si continuamos la marcha, antes de llegar el día, estaremos en Korshborroxon.

Caminaba ya con sus largos y elásticos pasos hacia el canchal, cuando le detuvo mi grito.

—¿Sí, *praxana*? —dijo, deteniéndose.

—¿Has dicho Pnasai? —pregunté, tenso.

—Sí. Whomo Pnasai —repitió tranquilamente.

Landfield se detuvo tras de mí.

—¿Qué te preocupa, muchacho? —preguntó

—Whomo Pnasai significa en dialecto *wayashi* «nido de reptiles» —miré a Qokral—. ¿Dónde están los reptiles, *praxana*? ¿No se tratará de esos temibles *zourrays*?

Una leve sonrisa distendió los labios de nuestro amigo indígena.

—Eres un gran experto, *praxana* McLean —respondió—.

Sí En Whomo Psanai abundan los *zourrays* Pero yo se como ponernos a salvo de sus temibles dentaduras. ¿Seguimos?

Parecía tan tranquilo, que le seguimos inmediatamente.

Sin embargo, no pude evitar un íntimo sentimiento de temor. Los *zourrays* eran unos saurios, especie de gigantescos varanos muy veloces, de seis metros de longitud, capaces de devorar enormes bueyes como los *soxs* del Kassi o los prehistóricos y descomunales *xeboos* de la tierra de los *koxees*.

No había tenido jamás la mala suerte de encontrarme con un vivero de aquellos gigantescos saurios que sabían permanecer ocultos e inmóviles entre las masas de vegetales podridos que flotaban en las lagunas, aun cuando en épocas de sequía eran capaces de hundirse en la arena y pasar perfectamente desapercibidos hasta que detectaban la presencia próxima de una presa. Pero había visto en Xahuantah algunas filmaciones de aquellos animales, y su simple recuerdo ponía en mi epidermis un escalofrío de terror.

Ascendimos por el canchal con mediana rapidez. Cuando superamos la pendiente, descendimos y caminamos más fácilmente a través de una sabana yerma, moteada con cuatro matojos que la simple brisa arrancaba de la tierra.

Yo procuraba atemperarme al paso del Landfield —¡viejo y querido profesor que se había expuesto a tantas vicisitudes con el único fin de protegerme!—, y Qokral adaptaba el ritmo de sus piernas al avance de nosotros dos.

Cuando Landfield y yo caminamos a la misma altura, aquel viejo profesional que se aproximaba a la sesentena dijo algo que me emocionó particularmente.

—Es injusto, Mark —pronunció, mirándome fugazmente con sus ojos gris plata, tan exóticos!—. No es justo que Fane y Brozinski te hayan acosado como a un perro. Pero aun es más injusto que no nos abandonases en cuando Angela había confesado la verdad. El mayor sabe que tú eres inocente. Y también que su hija es… una especie de cachorra en celo, le lo juro, si salimos de esta, cosa que me parece imposible, hablaré en privado con el coronel Durand. Y si es preciso llegar hasta el presidium del Primer Gobierno, no flaquearé. No podemos permitir que personas como Fane o el capitán Brozinski sigan desempeñando cargos trascendentes. Fane es un negligente o un maniaco-depresivo. Brozinski, un verdadero salvaje, un temperamental, un sádico, un hombre, en definitiva, indigno de pertenecer a los organismos del Primer Gobierno.

Qokral se detuvo. Nosotros paramos tras él.

—Magnifica defensa, profesor —pronuncié, emocionado— Pero no pensemos en ello ahora. Mucho me temo que aún estemos a una distancia inalcanzable de Xahuantah. Cuando lleguemos allí...

Qokral me sorprendió con su insospechada locuacidad.

—¿Xahuantah? ¿Esa ciudad llena de cañones, pájaros metálicos y extrañas personas de cabellos de oro? —dijo. Y con su gesto parecía despreciar todo aquello—. ¿Para qué, Xahuantah? ¡Si pudiéramos ir al Paraíso!

Landfield y yo cambiamos una mirada.

—Tal vez tenga razón —dijo el profesor, pensativo—. Xahuantah sólo es un hervidero de envidias, intereses y rencores. Cualquier sitio donde se pueda vivir tranquilo…

—Un vergel risueño, un valle soleado, protegido por promontorios inexpugnables —pronunció Qokral, sin mirarnos.

—Vivir cada momento, en contacto directo con la naturaleza, en paz con mis semejantes —dijo Landfield, siguiendo su «hilo» mental.

—Sin violencias ni rencores, sin viejas y crueles tradiciones, sin sacrificios inútiles —añadió Qokral, con expresión soñadora.

—Un lugar donde reposar, despertarse a la salida del sol y conversar con los amigos —expresó el profesor, añorante.

—¡Es Konkrai, el paraíso de Orwon! —exclamó Qokral muy excitado—. Allí sólo son admitidos los justos.

Poco a poco, aflojamos la marcha hasta que Landfield se detuvo y se apoyó sobre un terreno de arcilla. Respetuosamente, Qokral le imitó y yo hice otro tanto. Es decir, me deje caer sobre el desnivel pesadamente.

—¡Háblame de Konkrai, *praxana*! —exclamó el profesor ávidamente.

Me sorprendió oírle hablar en *wayashi.* Habían bastado unas pocas jornadas en compañía de Qokral, para que Joshua Landfield aprendiese el idioma del inteligente indígena.

Les oí charlar a media voz durante largo rato. Sin percibirlo siquiera, fui dejándome caer hasta adormecerme sobre la fría arcilla.

Al amanecer, el incansable Qokral me despertó.

—*Praxana*.

—¿Qué? —desperté sobresaltado.

—Es de día. Estamos a un paso de Whomo Pnasai. Dos o tres horas, si caminamos aprisa, antes de que caliente el sol —advirtió mi moreno amigo.

—¡Maldita sea! ¡Me dormí! ¿Por qué no me golpeaste? —protesté.

—Los tres estábamos rendidos. *Praxana* Landfield y yo hablamos mucho. Tú estabas dormido. Decidimos descansar. Ahora, toma el terrón y chúpalo. Tenemos poca agua, pero cuando lleguemos a Korshborroxon, no volveremos a padecer... si quieren admitirnos.

Yo estaba entumecido, helados los músculos bajo el reseco sutil de la madrugada. Precisamente aquella frialdad me obligó a reconsiderar nuestro loco plan. ¡Korshborroxon, el inescrutable dios Horwon, el paraíso de Konkrai, la legendaria sacerdotisa del dios, aquella maravillosa mujer a la que Qokral llamaba Aairah..!

Todo esto cuando uno se despierta con los huesos doloridos y los músculos atrofiados por el frío no puede parecer sino el producto de una pesadilla, de un sueño loco y lejano.

Pero junto a mi estaban aquellos dos admirables hombres, el viejo profesor Landfield y el joven y enjuto, pero resistente y tenaz. Qokral. Parecían absolutamente decididos a seguir adelante con el plan.

Y, de otra forma, ¿que esperanzas de seguir viviendo teníamos en aquel desierto, a poco menos de mil kilómetros del primer santuario —Wakax— y a unos dos mil de Xahuantah?

—Cualquier cosa es mejor que dejar nuestros esqueletos sobre este paraje desolado —pronuncio el profesor, con evidente clarividencia—. Se lo que estás pensando, Mark. Konkrai para nosotros parece un sueño. La sociedad de Xahuantah tan altamente tecnificada, no puede creer en milagros, ya lo sé. Allá poseemos máquinas poderosas y cerebros electrónicos que hacen casi todo nuestro trabajo Pero aquí, lejos de cuanto significa civilización, cualquier sueño puede convertirse en realidad. Dime la verdad, Mark… ¿No te sientes subyugado por la idea de conocer Konkrai ese paraíso que tan vivamente nos ha descrito nuestro amigo Qokral?

—¡Si! —respondí fogosamente—. ¡Si verdaderamente existiera…!

—Ten confianza. Sigamos a Qokral. Es un hombre magnifico Elemental, salvaje, si quieres... sin embargo, tan inteligente y tan

sabio. Sinceramente, Mark, creo que podemos fiarnos de él.

—Está bien. Sigámosle —respondí

Caminamos a buen paso en dirección sur, los farallones, las mesetas y los barrancos quedaban atrás. Ahora el terreno descendía continuamente. Algunos vegetales, aunque muy ralos, crecían aquí y allá, aunque completamente agostados por la sequía.

Las asperezas del terreno se suavizaban, el horizonte iba ofreciéndose ya como una combada línea continua.

Escalamos una loma. Antes de que llegásemos a la cima, Qokral gritó:

—¡Whomo Pnasai!

Frené mi paso, pues no me hacia ninguna gracia penetrar en la Tierra de los Reptiles.

Sin disimular mi aprensión, llegué lentamente al alto de la duna arenosa.

Qokral se inclinó sobre un matorral. Sus largos dedos cortaron con un seco chasquido un tallo hueco. Se lo llevó a la boca y sus largos incisivos royeron un extremo de aquella especie de caña hasta darle una forma biselada.

—¿Qué es eso, qué haces? —pregunte, asombrado.

Sonrió.

—Es mi arma secreta contra los varanos gigantes de Whomo Pnasai. Ya comprobarás lo efectiva que es —respondió.

Yo no alcanzaba a comprender de qué podría servirle aquel inofensivo tubo vegetal. ¿Se trataba de fabricar una especie de cerbatana? En cualquier caso, Qokral no nos lo explicó.

Se había hecho de noche. El satélite Ceeop volvía a faltar a su cita nocturna. Sin embargo, Sdu tenía un brillo fulgurante.

Landfield estaba examinando a través de sus prismáticos el dilatado arenal que se extendía ante nosotros. Docenas de kilómetros de arena, era lo que veían nuestros ojos, hasta el confín del horizonte.

¿Dónde se hallaría el santuario de Korshborroxon?

—Ya está —anunció Qokral—. Podemos continuar.

Caminamos lentamente sobre la blanca arena. A veces, nuestros pies se hundían en ella hasta los tobillos dificultando nuestra marcha considerablemente.

En un momento dado, Qokral, que caminaba en cabeza, se detuvo en seco.

—¿Qué ocurre? —pregunté, cuando me detuve a su altura.

—¡Allí! —exclamó, señalando con un ademán perentorio en la lejanía.

Yo no podía ver nada a tal distancia, pero el profesor alzaba ya los prismáticos y miraba con ansiedad.

Tembló ostensiblemente. Y tragó saliva.

—¿Quiere decirme que es lo que ve? —pedí, impaciente.

—Será mejor que lo veas con tus propios ojos, Mark —respondió, ofreciéndome los binoculares.

La leve mancha alargada que yo veía a simple vista se convirtió en un grupo de varanos gigantes que se agitaban y peleaban ferozmente, disputándose una presa. Surtidores de arena brotaban a la blanca luz de Sdu cuando las bestias se acometían salvajemente entre si, disputándose la pitanza

—¿Qué hacemos? —consulté a Qokral—, Habrá que dar un rodeo o esperar a que esas bestias se alejen.

—¿Por qué? —respondió—. Seguidme. No hay nada que temer.

Se alejó a buen paso, justamente hacia el lugar donde los varanos se agitaban en un remolino salvaje.

Cuando nos dimos cuenta. Qokral se había alejado más de cincuenta metros. Vacilantes, Landfield y yo nos consultamos con la mirada

Finalmente seguimos en pos de Qokral. Aunque confieso que el temor entorpecía mis movimientos y aceleraba los latidos de mi corazón.

De repente, escuché aquel pitido estridente Era Qokral, que hacia sonar su caña hueca produciendo un silbido insoportable.

Siguió así, exhalando aquel pitido y caminando sin detenerse. Cuando nos acercábamos al lugar donde peleaban los reptiles, nos

detuvimos.

Los varanos habían quedado rígidos al escuchar aquel pitido agudísimo.

¡Y luego corrieron pesadamente, desparramándose en todas direcciones!

Cuando se hubieron perdido de vista. Qokral alzó una mano y proseguimos la marcha.

Instintivamente, yo di un pequeño rodeo para evitar tropezar con la carroña que se habían disputado los reptiles.

Pero entonces encontré una bota.

Landfield también la vio.

—Unas de las botas del ingeniero Young, si no me equivoco —murmuró.

—Pero eso quiere decir que...

Nos detuvimos, aterrados. Ambos estábamos pensando lo mismo; trémulos, con las gargantas secas y respirando entrecortadamente, vimos que Qokral, a veinte metros de distancia, contemplaba algo sobre el arenal.

CAPITULO VIII

Al amanecer estábamos en las colinas.

Al pie de un matorral reseco, los tres nos dejamos caer al suelo pesadamente.

Desde allí eché una triste mirada al arenal.

Young y Brozinski habían sucumbido a la voracidad de los varanos gigantes de Whomo Pnasai.

—Junto a los restos, estaba ese tubo que lanza rayos —me dijo Qokral—. Estaba partido por la mitad. ¡Los *zourrays* tienen los dientes muy duros...!

Pero ¿y Angela, el mayor Fane?

—Quizá lograron escapar... —murmuró Landfield con voz desmayada.

Quizá Sinceramente deseé que ambos hubieran logrado escapar con vida. Pero...

Hasta nuestros oídos llegó en aquel momento un rumor lejano.

Qokral se irguió vivamente, se puso en pie de un salto y corrió hacia la cima de la colina.

—¡Los *koxees*! —gritó—. ¡Ya se acercan!

A pesar de nuestro cansancio, el profesor y yo nos incorporamos y corrimos a reunimos con el wayashi, que parecía muy excitado.

Miramos ávidamente. Desde el fondo de una vaguada, los *koxees* llegaban arreando sus rebaños de descomunales toros *xeboos*. Detrás de ellos elevaba una polvareda que los rayos de Woom convertían en un resplandor dorado.

—¡Vamos, vamos ya! —exclamó Qokral, agitado—. Reunámonos con ellos.

Le detuve por un brazo. Pero apenas podía retener a mi amigo indígena, que parecía ansioso por reunirse con los que arreaban a los *xeboos*.

—¡Espera, Qokral! ¿Estás seguro de que nos admitirán entre ellos,

que nos permitirán penetrar en Korshborroxon? —grité.

—El brillo de plata está en vuestros ojos. ¡Esa es la señal! No temáis. Seguidme —respondió.

Descendió a grandes zancadas. En aquel momento, escuché un grito lejano, agudísimo. Parecía el grito exhalado por una mujer en trance de agonía.

Qokral y Landfield se detuvieron. Luego yo volví sobre mis pasos.

A una distancia superior a los dos kilómetros, vi dos puntitos en el arenal. Sinuosas formas de reptiles les rodeaban.

—¡Son ellos! —gritó Landfield, que miraba a través de los prismáticos—. ¡El mayor Fane y su hija!

Comencé a sudar copiosamente.

Una de las dos personas, Fane, probablemente, acababa de ser apresada por un varano. La otra corría desaladamente sobre el arenal, pero sus pasos se fueron tornando más y más lentos hasta que cayó de bruces sobre la arena. Los varanos corrieron rápidamente en pos de aquella persona.

Qokral hacía sonar su silbato, pero la distancia era excesiva para amedrentar a los gigantescos reptiles de Whomo Pnasai.

No quise mirar a través de los prismáticos. La escena debía ser demasiado horrible para ser contemplada por un pobre hombre que, como yo, se sentía por primera vez impotente.

Sin poderlo evitar, un sollozo brotó de mi garganta Landfield me pasó una mano por encima de los hombros, Qokral tiro con fuerza de mí, intentando arrancarme de aquel lugar

—Nadie podía salvarlos —murmuró el profesor, con tristeza—, ¡si no se hubieran separado de nosotros…!

Caminé sin ganas hacia el fondo del valle de los *koxees*. Y vi que las últimas reses penetraban ya a través de la boca de una gran caverna situada en el talud de un promontorio arcilloso.

—¡Aprisa, aprisa! —gritaba Qokral, sin permitirnos parar un solo segundo.

Cruzamos el llano, sobre el cual flotaba aún la polvareda elevada por hombres y animales.

Allá en las alturas, a cierta distancia tras el farallón arcilloso, se alzaba, altivo, el cráter de un volcán.

Cuando nos acercamos a la boca de la gruta, apreciamos que era mucho más ancha y alta de lo que habíamos imaginado desde las dunas arenosas.

Qokral sólo soltó mi mano cuando estuvimos dentro del pasadizo subterráneo. Dentro de la amplia galería, el aire tenía un fuerte olor a ganado vacuno.

—¡Aprisa, aprisa! —decía Qokral, a cada momento—. Tenemos que alcanzarlos. Una vez caiga la gran piedra, nadie podrá pasar hasta que Ceeop vuelva a ocultarse.

Yo corría como un autómata en pos de Qokral a través de aquel camino que descendía hacia las entrañas de la tierra.

Detrás de nosotros, un sudoroso profesor Landfield se esforzaba en no despegarse de nosotros.

A la vuelta de un recodo, notamos la proximidad de hombres y animales, pues el aire hedía literalmente a excrementos de vacuno y se oían las voces de los *koxees*, arreando estentóreamente a sus ganados.

—¡Está cerca, cerca! —invocaba Qokral, cada vez más excitado— ¡Sólo un poco más y habremos pasado...!

La galería se ensanchó considerablemente. De pronto vimos la masa de animales y hombres que galopaba ante nosotros descendiendo la rampa.

Detrás de nosotros, Landfield se detuvo, asfixiado.

—¡No puedo más! —gimió.

Qokral frenó en seco y volvió a por él.

Aunque yo también me sentía incapaz de dar un solo paso retrocedí. Entre el *wayashi* y yo tomamos al profesor en volandas y corrimos cuesta abajo.

Verdaderamente, era Qokral quien nos remolcaba. Aquel delgado individuo caminaba a grandes zancadas, incansablemente.

Cuando llegábamos ante el pórtico rectangular en que terminaba la galería, Qokral señaló hacia las alturas y chilló:

—¡La puerta, la puerta! ¡La losa va a caer de un momento a otro!

Sin detenerme, seguí la dirección de su brazo y vi aquella losa de un metro de ancho por veinticinco de anchura que enmarcaba la parte superior del pasadizo.

La comprensión fue rápida, instantánea. Aquella enorme piedra no era otra cosa que una ciclópea trampilla de centenares o miles de toneladas que, cuando cayera, cerraría hermética y sólidamente la entrada al santuario de los *koxees*. Aún nos faltaban unos diez metros, cuando en la bóveda se produjo un estrépito horrísono y profundo.

Se diría que las entrañas del volcán comenzaban a desgajarse que los senos del planeta sufría una convulsión infinita.

Qokral avivó la marcha. Literalmente nos llevaba arrastrando cuando desde lo alto cayó majestuosa y pesadamente la enorme puerta pétrea.

— Nos aplastará —temí, aterrado.

De todas formas. Qokral tropezó y cayó rodando. Al soltarnos, las piernas de Landfield fallaron y el pobre hombre cayó duramente a tierra e incluso me arrastró en su caída.

Cerré los ojos.

Cuando los abrí, un polvillo rojizo flotaba ante mis ojos. ¡Estábamos indemnes y la colosal losa acababa de descender apenas a medio metro de nuestros extenuados cuerpos…! Yo me incorporé, atónito.

Tendí una mano a Landfield y el profesor se levantó respirando fatigosamente.

—¡Uf! Creí que… No dijo nada más.

Pasmado de asombro, contemplaba el inmenso recinto circular en uno de cuyos extremos nos hallábamos.

Se trataba de un inmenso coliseo, con numerosas gradas talladas en la toba volcánica.

Calculé que no mediría menos de quinientos metros de diámetro. En el medio de la altísima bóveda existía una abertura redonda de unos diez metros de anchura, a través de la cual penetraba un chorro de luz diurna.

De todas formas, no hubiera sido necesaria aquella forma natural de iluminarse con la luz cenital: miles de ojos fosforescentes de los

koxees ponían un brillo trémulo, pero suficiente, en las zonas más oscuras.

—Parece un bosque de luciérnagas —murmure al oído del profesor Landfield, verdaderamente impresionado.

Alguien tocó mi espalda y me volví de un respingo…

—Calma, *praxana* —susurró la voz tranquilizante de Qokral—. Soy yo. Y no temáis. Ahora vuestros ojos brillan como los de los *koxees*. ¡Hemos llegado a tiempo!

Desde luego, su presencia y sus palabras nos trajeron la serenidad.

Llenos de curiosidad, contemplamos ávidamente al insólito recinto.

Unos seis mil *koxees* de piel bronceada y largos cabellos oscuros ocupaban las gradas. En el centro, unos dos mil pesados toros *xeboos* se agrupaban ordenadamente, tan mansos como inofensivos borregos. Sus enormes cornamentas formaban una especie de bosquecillo de astas enhiestas. Algunos de los pastores k*oxees,* montados a las grupas de los bóvidos, se encargaban de aquietar a los animales.

—Horwon está próximo —pronunció Qokral, con fervor religioso.

A pesar de mi incredulidad, me sentía traspasado por una rara sensación mística.

Mis ojos, bien abiertos, lo contemplaban todo con pasmo.

¿Verdaderamente iba a producirse un prodigio?

Consulté mi reloj. Eran las once de la mañana.

Así que si el milagro se producía, debía ser necesariamente a la luz del día.

Hechizado, yo contemplaba sin pestañear la chimenea del volcán, a través de la cual penetraba una luz viva que iluminaba claramente el enorme prisma de piedra negra. Era un cubo perfecto, que mediría unos tres metros en cada arista.

Algo me rozó el brazo derecho. Literalmente, brinqué sobre mí mismo al volverme violentamente.

Y entonces la vi.

Sin que nadie me lo advirtiera, comprendí que aquella bellísima mujer era Aairah, la sacerdotisa del dios Horwon.

Qokral había sabido describirla perfectamente, aunque la realidad superaba con mucho a mi imaginación.

Estaba allá, cerca de mí.

Y nos contemplaba con una sonrisa suave y compasiva. Llevaba sobre los negros cabellos una finísima dehesa malla de *tchical,* aquel exótico oro rojizo de Zeleff, tan difícil de hallar.

Enmarcado en la valiosa joya, sus ojos gris-plata, relucían tenuemente. La piel de su rostro era fresca, suave, y brillaba muy poco. Las aletas de su fina nariz, a diferencia de los *wayashis,* no estaba perforada y sus labios eran jugosos, frutales, húmedos.

Mis ojos descendieron ávidamente por su grácil cuello hasta el pectoral de oro y talladas piedras de color violeta. Sus senos, temblorosos y prietos, asomaban por encima de aquella finísima joya, de valor incalculable.

Su cintura y sus caderas, sus piernas, aparecían ceñidas por una finísima malla o tejido de hilos de *tchical.*

Por debajo de los tobillos aparecían sus pies, rodeados por piedras rojas engarzadas en hilos de metal precioso. Me estremecí al verla.

—Lástima que Aairah sea la sacerdotisa de Horwon —pensé, tristemente.

Y entonces ella sonrió levemente y me tocó el brazo. —Bienvenido, *txokai* —dijo.

Quedé sin habla.

—¿Cómo es posible que me conozcas? —balbucí, trémulo.

Su cuerpo exhalaba el tenue perfume de los nenúfares de Greejean.

Landfield y Qokral nos contemplaban, estupefactos.

—¿Por qué me has llamado *txokai* (amado)? —insistí.

Aairah poso sus finas manos sobre mis hombros

—Hace muchos años que te conozco con el pensamiento. En mis sueños siempre aparecía un rostro como el tuyo, orlado de cabellos de

oro, como los que ahora caen sobre tu frente. Cuando el Magnifico me señaló con su luz me lo anunció claramente: «Al final de tu etapa sacerdotal, el amor llegara a ti. Vendrá un gran guerrero llamado Maklin ([2]), uno de los hombres justos. No te daré ninguna señal. Lo reconocerás en cuanto lo veas. Entonces habrá terminado tu servicio religioso. Y ambos seréis felices en el valle sagrado de Konkrai. » Esa fue la revelación que me llegó como Horwon me eligió como sacerdotisa. Y ahora se que su profecía se ha cumplido al pie de la letra. ¿Me aceptas, *txokai* Maklin? —preguntó, trémula.

Una íntima emoción me recorrió de pies a cabeza.

Las palabras de Aairah me habían impresionado más de lo que podría explicar, pero su frase última, aquellas cuatro palabras «¿me aceptas, *txokai* Maklin?», pusieron en mi alma una sensación tan placentera como mareante.

Mis manos volaban a acariciarla, mis brazos ansiaban frenéticamente abrazarla, mis labios ardían en deseos de besar aquellos suyos, tan húmedos y frescos.

La sonrisa se había ido borrando lentamente del precioso rostro de Aairah. Era mi indecisión, o mejor dicho, mi estupefacción, lo que le causaba triste sorpresa.

—No puedo creerlo —murmuré—. Cuando mi amigo Qokral me habló de ti, me sentí subyugado. Pero ahora... Aairah, ¡es mucho más de lo que podía esperar!

Ella se humedeció los labios con la lengua, y mis sentidos se exacerbaron hasta un límite inconcebible.

Aairah dirigió una rápida mirada hacia la chimenea del volcán que bañaba de luz la mole maciza de la pulimentada piedra negra.

—¿Me aceptas. Maklin? —insistió.

Parecía desesperada, impaciente.

—Horwon va a llegar, lo presiento —dijo ella, fruncidos los labios en un rictus de desesperanza—. Si tú no me aceptas Maklin, me ofreceré al Magnífico por un nuevo período de diez rutas de Woom.

—¡Diez años dedicada al culto de aquella misteriosa deidad!

Impulsivamente adelanté las manos y oprimí sus brazos. Tenía miedo de apretarla demasiado, por si acaso se desvanecía misteriosamente en el aire.

Pero sus brazos eran frescos, suaves al tacto como la piel de melocotón. Y noté que Aairah vibraba.

Pero sus ojos seguían interrogándome inquisitivamente.

Y dije:

—Te acepto agradecido, Aairah Y aunque no conozco a Horwon, te ruego que le transmitas mi humilde y fervoroso reconocimiento Ahora… ¿que debo hacer?

El bellísimo rostro de Aairah resplandeció. Las aletas de su nariz se dilataron, anhelantes, y sus labios iniciaron una sonrisa espléndida.

—No tienes que hacer nada, *txokai* —respondió en un susurro—. Aguardad. Tengo que preparar la venida de Horwon por última vez como sacerdotisa. Os pido que tengáis fe. Que ningún temor perturbe vuestros espíritus. ¡Horwon es magnánimo!

Antes de que pudiera retenerla, Aairah caminaba veloz, a través del pasillo que hombres y animales habían dejado libre hasta el centro del santuario

Tuve en aquel momento la sensación de que acababa de gozar del más satisfactorio de los sueños. O quizá sólo se tratase de una bella y placentera alucinación.

¡Todo parecía tan extraño e irreal…!

Pero me alcé hasta las gradas y la vi prosternada al pie del gran prisma de roca negra. Aairah estaba allí, era un ser real, una maravillosa mujer de carne y hueso.

Cerca de mí, Landfield y Qokral me contemplaban llenos de admiración.

Y el *wayashi* dijo:

—Tú eres un predestinado, *praxana*. Ahora celebro en mi interior haberte traído aquí —pronunció en un susurro.

—¿Por qué, por qué? — respondí en el mismo tono.

Qokral se asombró.

—¿Y lo preguntas aún? Aairah estaba destinada al servicio de los dioses —replicó, con gran excitación—, Pero Horwon la ha liberado del servicio del sacerdocio para entregártela a ti. ¿no lo comprendes?

Asentí, desorientado.

Mi mente de hombre práctico me decía, insistentemente, que estaba dejándome atrapar en una trampa psicológica.

¿Dónde estaban los dioses, dónde se ocultaba el poderoso Horwon? Yo jamás había asistido a prodigios que no pudiera explicar la razón.

Sabía que mediante la hipnosis y la acción de determinadas drogas alucinógenas, cualquier ser humano podía ser impulsado a contemplar prodigios que sólo estaban en el fondo de su subconsciente, en la necesidad de creer en espíritus superiores o contemplar esos raros fenómenos sobrenaturales que nos hacen sentirnos más protegidos.

En nuestra civilización —la de Xahuantah y su sofisticada técnica avanzada—, nadie creía en milagros ni en otros hechos de orden sobrenatural. Por eso, mi ser se resistía aún a sumergirse en el aura mística que parecía flotar bajo las bóvedas rocosas del místico Korshborronxon.

La verdad, de todas formas, era que me sentía invadido de una rara ansiedad. Mi excitación iba en aumento. Me bastaba pensar en Aairah, no era preciso más que soñar con que aquella hermosísima joven *koxee* iba a pertenecerme para siempre.

—Demasiado bello para ser verdad —me dije.

Mis movimientos eran tan nerviosos y mi respiración tan fuerte, que Qokral me impuso atención con un gesto perentorio.

Me concentré en la visión de la piedra oscura y del silencioso auditorio que aguardaba la llegada del dios en religioso silencio.

Bajé la cerviz, en idéntica actitud que los miles de seres que nos rodeaban. Y pensé en lo que había sido mi vida antes de que Angela decidiera probar el sabor de aquella loca aventura.

Desde el momento en que el coronel Durand me nombrase explorador oficial del Primer Gobierno de Zeleff, yo me había dedicado enteramente a la apasionante aventura que constituía mi trabajo.

Había vivido una apasionante secuencia de viajes, experiencias, emociones... Había probado la gloria del reconocí miento popular, como fruto de mis descubrimientos e investigaciones.

También, en las esporádicas visitas a Xahuantah y otras ciudades-campamento, había gozado de numerosas aventurillas sentimentales. Las mujeres me admiraban y lo demostraban de forma muy práctica, entregándoseme sin recato.

En resumen, todo había sido rápido, vivido, trepidante, placentero a ratos, incómodo en la mayoría de las ocasiones.

Pero no sabia lo que era amar. Una muchacha me habla amado —o esto era lo que el profesor me había hecho creer—, pero yo no la amé a ella. Porque Angela Fane era muy hermosa, enormemente atractiva, tan sensual como una hembra en celo. Pero yo no la amé.

Ahora... ¿no seria absurdo decir que yo amaba a Aairah antes de contemplarla físicamente?

Sólo podía guiarme por mis sentimientos. Y yo sabía, en aquel momento, que hubiera dado mi vida por tener a Aairah por el resto de mis días.

Este era mi temor, allí residía mi desconfianza. Aairah, mía... ¡me parecía tan increíble, aunque ella se hubiera ofrecido a mí por propia voluntad...!

Miré de reojo a mi alrededor.

El profesor Landfield, posternado a mi derecha, respiraba profundamente con los ojos entornados

Aquel hombre creía. Bastaba ver su actitud de profundo recogimiento, el aire de profunda y mística concentración. Landfield estaba esperando que el poderoso y magnánimo Horwon descendiera sobre la caverna de Korshborroxon.

En cuanto a Qokral, que se encontraba a mi derecha, casi rozándome, su exaltación espiritual era .aún más intensa.

El silencio absoluto pesaba en el ambiente como una losa de granito. Casi diez mil seres, entre humanos y animales, aguardaban con religioso recogimiento.

Fue entonces cuando me sorprendí murmurando:

—¡Ojalá Horwon no sea una simple leyenda...!

Apenas hube pronunciado entre dientes estas palabras la luz que penetraba a través del cráter de Korshborroxon se hizo tan viva que me obligó a cerrar los ojos y llevarme ambas manos a los ojos, para

protegerlos del doloroso deslumbramiento.

Un cántico profundo y melancólico resonó bajo las imponentes bóvedas del santuario.

—¡Aairah! —reconocí su limpia voz—, ¡Es ella quien canta!

Súbitamente, el suelo tembló bajo mis pies.

La convulsión fue tan violenta que caí hacia adelante y me golpeé duramente el rostro. Quise abrir los ojos instintivamente, pero aquella cegadora luminosidad color cobre hirió mis pupilas y me obligó a tapar los ojos con ambas manos.

Debía estar sangrando por boca y nariz cuando logré incorporarme.

El terremoto continuaba con violencia indescriptible. Un rumor hondo, que parecía provenir de los senos de Zeleff, atronaba mis oídos y ponía angustia en mi corazón.

—¡Vamos a morir! —pensé, consternado—. La montaña entera se desgajará y nos aplastará.

Me hubiera gustado poder estrechar en aquellos angustiosos instantes las manos de mis dos amigos. Pero aunque palpé ciegamente a derecha e izquierda, no hallé otra cosa que el más espantoso vacío.

A la conmoción telúrica, sucedió una vibración que me hacia temblar de pies a cabeza. Era como si una potente corriente de microondas reconociese todo mi organismo haciendo vibrar mi cerebro cien mil veces por segundo.

Noté que se aflojaban los músculos y perdía toda noción de la realidad.

—¡Aairah! —murmuré antes de que, finalmente, me abandonaran los sentidos.

CAPITULO IX

La enorme mano del teniente Karlstein se estrello contra mi rostro. El violento golpe estalló sobre mis labios y me proyectó salvajemente contra el muro de la desnuda celda del penal de Xahuantah.

—No es el momento más oportuno para fanfarronear, señor McLean —pronunció rígidamente el cruel oficial—. No tiene derecho a hacer preguntas, ni siquiera a plantear ninguna consulta. He venido aquí para mandar el pelotón que le conducirá ante el Consejo de Guerra. Tal vez cuando comparezca le dejen hablar. Por ahora, sólo tiene que limpiarse la sangre que resbala de sus labios y ponerse en pie. ¡Levántese!

Rodé sobre mi mismo y apoyé las esposadas manos sobre el suelo. Aunque con gran dificultad, conseguí ponerme en pie.

—¡Salga!

Vacilé.

En el pasillo aguardaban los acartonados guardias del teniente Karlstein. Bajé la mirada y vi mis pantalones sucios, convertidos en jirones, mis botas destrozadas, que dejaban asomar los dedos de los pies, mi torso desnudo, cruzado por los sanguinolentos verdugones.

Eché a andar, tambaleándome.

Yo sabía que el penal se encontraba en las inmediaciones del edificio del Gobierno. Al menos no tendría que caminar mucho para llegar a la sala donde se habría reunido el Consejo que había de juzgarme por un múltiple asesinato.

En el pasillo, me empujaron brutalmente los vigilantes.

Mis codos rozaron el muro de ladrillos y la sangre fluyó a lo largo del antebrazo.

A empellones, zaherido sin piedad por Karlstein y su guardia de hierro, comencé a subir los peldaños.

Crucé un vestíbulo, me abrieron una puerta de cristal esmerilado y me introdujeron en un cuartucho. Apenas un cubículo de dos por dos, donde solamente se veía un banquillo mugriento.

—Siéntese.

Me senté.

—¿Por qué volví a Xahuantah? —pronuncié en alta voz—. Debí estar loco cuando se me ocurrió la maldita idea.

Alcé la mirada. Los cuatro guardias que me vigilaban tenían expresiones hieráticas, inconmovibles.

Ni siquiera podía compartir mi angustia y mi frustración con un ser humano que pudiera comprenderme.

¡Idiota de mí! Había esperado confiadamente que mis semejantes me comprendieran e hicieran justicia.

Por desgracia, para mí, la justicia que iba a serme aplicada estaba decidida de antemano.

Transcurrió algún tiempo.

— ¡Levántese, McLean! Va a comparecer ante el consejo —me ordenaron.

Me alcé.

Levántese, siéntese, vuélvase, salga, entre, póngase en marcha, deténgase.. Voces imperativas que no admitían demora ni contestación.

Arrastré los pies a lo largo del corto pasillo.

Y luego penetré en la sala del tribunal. Un murmullo ahogado se alzó en cuanto hice acto de presencia.

Vi a los componentes del Consejo. Ocupaban un alto estrado situado al frente; el general Waynes, el coronel Durand el mayor Templar, el mayor Eagle, el gobernador de Xahuantah. Richard Alvares, el jefe de seguridad Rutherford Smith el representante Goldman, el potentado Ernest Galloway

Cuatro militares y cuatro civiles. Yo conocía aquellas ocho personas. Algunos de ellos eran amigos míos, personas honorables, prudentes y justas.

Como no existía jurado, toda mi esperanza estaba depositada en aquellos ocho personajes. No había defensor, pero tampoco fiscal.

El espacio destinado a observadores y público estaba lleno,

abarrotado. Centenares de rostros me observaban con avidez, reprobación, odio y compasión. Pude conocer a muchos amigos entre ellos. La mayoría de mis amistades rehuyeron la mirada, cuando clavé mis ojos en ellos en demanda de comprensión y ayuda.

Fui a ocupar el solitario banquillo de los acusados. Iba a dejarme raer sobre él, pero los mercenarios de Karlstein me sujetaron férreamente por los destrozados codos.

Rutherford se puso en pie cuando el murmullo de la multitud se apaciguó.

—Mark McLean —pronunció con voz inclemente—. Este Consejo se ha reunido para juzgarle por el asesinato y violación de Angela Fane, por los asesinatos de Albert Young, Yurislaw Brozinski, Winifred Fane, Joáo Dos Santos, Luque Ferreira...

Oí al jefe de seguridad de Xahuantah como quien oye llover. Apenas le presté atención cuando hizo un relato sui generix de mis «crímenes».

Yo sólo esperaba una cosa: que me permitieran hablar. Porque todavía tenía la esperanza de que mis argumentos lograran convencer a aquellos jueces de que la verdad nada tenía que ver con lo que Rutherford Smith estaba leyendo.

Volví de mi ensimismamiento cuando el mayor Templar pronunció con voz tonante por tercera vez:

—¡Mark McLean! ¿Tiene algo que declarar ante este tribunal antes de que sea pronunciada la sentencia?

Empecé a hablar atropelladamente. Apenas había pronunciado unas frases cuando el mismo Templar me ordenó callar

—¡Basta! Las pruebas son abrumadoras. Aquí están las botas de Albert Young, el salacoff de la infortunada Angela Lane, el fusil destrozado del capitán Brozinski los…

La sentencia.

El general Waynes, enjuto y espigado, canoso y hermético, la pronuncio en nombre del Consejo:

—Mark McLean, este tribunal le condena a ser fusilado.

Sus crímenes son tan execrables que exigen un escarmiento ejemplar. La sentencia se cumplirá inmediatamente. Que Dios tenga

piedad de su alma.

Ninguno de aquellos hombres conocía tal sentimiento. Y tampoco los centenares de morbosos curiosos que hartan acudido al edificio del Primer Gobierno para asistir al holocausto de un estúpido llamado Mark McLean.

A empellones, me sacaron de la sala del Congreso. Pero antes de abandonar aquella estancia grité a voz en cuello toda mi indignación y mi repulsa.

Tanto daba.

Iban a fusilarme inmediatamente. En el centro del penal, existía un gran patio, limitado por altísimos muros de hormigón. Y hacia allá me arrastraban sin compasión los esbirros del teniente Karlstein.

—¿Por qué cometí tan inmenso error? —me apostrofé a mí mismo—. ¡Jamás debí volver a Xahuantah!

Mis pies destrozados arrastraban sobre los peldaños. Los guardias me llevaban en volandas, camino del matadero.

Sentí un soplo de aire fresco en mi rostro. Allí estaban los lisos muros del patio del penal.

Me condujeron hacia el muro del fondo. Llegados allí, me obligaron a girar y me soltaron los brazos.

Cuándo alcé los ojos vi a las personas que me observaban desde una galería elevada. Allí estaban los miembros del Consejo, rígidamente erguidos, inconmovibles. También habían dejado llegar hasta allí a algunos observadores civiles, quizá en calidad de testigos de mi ejecución.

Entre estos últimos había varias personas a las que yo conocía. Había comido y bebido en su compañía, habíamos sido compañeros de profesión o de Universidad, algunos incluso me debían importantes favores.

Daba lo mismo. Tampoco ellos harían nada por mí.

El pelotón de fusilamiento se había formado a treinta metros de distancia, los esbirros de Karlstein —amigo íntimo del fallecido Brozinski— empuñaban mortíferos fusiles-láser. Eran doce hombres. Es decir, doce rayos mortales e instantáneos que terminarían con mi vida y mis ilusiones, pero también con todos mis padecimientos.

Karlstein a mi izquierda, elevó su mirada de perro guardián hacia la galería donde se encontraban los del Consejo, el general Waynes bajó la cabeza en una breve y clara señal.

Karlstein alzó un brazo. Los del pelotón me apuntaban con sus fusiles.

—¡¡Disparen!! —ladeó el oficial.

Doce rayos convergieron en mi pecho. Vi perfectamente surgir aquel haz luminoso, pero cosa extraña, no sentí el menor temor. Tampoco experimenté dolor alguno.

Sólo una íntima y penetrante laxitud, que aflojaba mis nervios, relajaba mis tensos músculos y debilitaba mis piernas.

Noté como se doblaban mis rodillas y caía lentamente al suelo. Mi cabeza golpeó sobre las losas, pero el choque no fue doloroso. Por el contrario, experimentaba una sensación placentera, de auténtica paz espiritual.

—Os habéis equivocado, estúpidos — debí murmurar antes de que mis sentidos me abandonaran.

CAPITULO X

—¡*Praxana*...!

—¡Oh, no! —gruñí—. No insistas, Qokral. Ya no estoy en este mundo. Me han...

Abrí los ojos.

El profesor Landfield y mi fiel Qokral se inclinaban ávidamente sobre mí. Sus facciones crispadas y sus miradas anhelantes traslucían honda preocupación.

Me incorporaron despacio.

Mis ojos recorrieron, incrédulos, el inmenso anfiteatro del santuario de Korshborroxon.

—¡Estoy aquí! —grité, estúpidamente.

—¡Al fin! —suspiró el viejo profesor—. Creímos que... —farfulló, nervioso, pero se tranquilizó al comprobar que mi mirada se tornaba inteligente y lúcida—. ¡Ya terminó todo, muchacho! Horwon hizo acto de presencia y nos impartió su gracia. Cuando salgamos por esa puerta, entraremos en el paraíso de Konkrai, el edén de los justos.

Me giré bruscamente y contemplé el gran marco ciclópeo de entrada al coliseo. ¡La gran losa estaba alzada!

En el santuario no quedaban más seres que Landfield, Qokral y yo. Todavía flotaba el polvo sobre el ambiente. De la chimenea del volcán brotaba un chorro de luz cenital. Inmediatamente debajo, el gran prisma de roca negra se había convertido en una masa cristalizada que brillaba como el azabache.

—Así que... fue una pesadilla. Mi regreso a Xahuantah, la celda el Consejo, la sentencia a muerte, el fusilamiento... ¡Todo fue un sueño! -murmuré, desorientado

El profesor me miró fijamente, primero con asombro después con indudable simpatía y adhesión Entretanto el admirable Qokral, me mantenía firmemente sujeto, aferrando mis hombros por detrás y atento al menor de mis gestos.

—Sí, debió ser un sueno. ¡Un mal sueño!, diría yo —exclamó Landfield—. Sobre iodo a juzgar por tus frases ininteligibles, por tus

contorsiones, gemidos y vibrantes protestas. Te oímos decir: «Os habéis equivocado, estúpidos.» Y luego gritaste varias veces: «¡Aairah, *txokai* Aairah!»

Me puse en pie de un salto.

—¡Aairah! ¿Dónde está?

Una sospecha pasó por mi mente. Aairah había sido reclamada nuevamente por Horwon. O tal vez ella, al no encontrarme...

—No sufras —pronunció Qokral, con voz suave y confortable—. Ella no te ha abandonado, *praxana*. Ha ido a ungir a Phairal, la nueva sacerdotisa. Cuando ella terminó su cántico de acción de gracias, ordenó salir a los *kooxes*, que arrearon sus ganados y abandonaron el santuario. Luego la vimos reunirse con la joven Phairal. Pasó junto a nosotros y dijo: «Esperadme. Debo iniciar a la nueva sacerdotisa en el culto al Magnánimo. Volveré en cuanto haya cumplido esa misión.»

—Pero ¿adonde, ha ido? —pregunté, inquieto—, ¡Si no volviera...! Ya nada sería igual para mí.

Qokral calló, Landfield se limitó a oprimir mi brazo suavemente.

—¿Que., qué ocurrió? —pregunté. Y mi voz resonó amplia y potente bajo la gran bóveda—. No soy capaz de entender nada. No comprendo el arcano del hecho irreal de la venida de Horwon. Por otra parte, ¿Qué puede significar esa horrible pesadilla, en la que creí morir fusilado en Xahuantah?

Landfield reflexionó sobre mis palabras

—Quizá se trató de una advertencia del subconsciente, Mark. Es posible que en el fondo de tu cerebro estuviera el ansia por volver a Xahuantah y justificarte, por gritar a todos que siempre cumpliste con tu deber, que eres un hombre justo, capaz de plegarte a los dictados de la justicia —expresó lentamente—. Pero, evidentemente, la mejor justicia no es la de los hombres.

—¿Cree que...?

—Si —afirmó tajantemente—. Pienso que ha sido una advertencia Jamás deberás volver a Xahuantah. Además... ¿por qué deberías hacerlo? ¡Tú no tienes por qué justificarte ante ellos! Estás suficientemente justificado ante nosotros y, sobre todo, ante ti mismo.

Callamos. De vez en cuando dirigía una ávida mirada a las gradas que permanecían en penumbras, a la chimenea del volcán, a la oscura

boca de la galería.

—Seguramente querrás saber qué ocurrió aquí cuando aquella luz vivísima nos deslumbró —pronunció el profesor, mirándome con afecto—. Apenas recuerdo mis sensaciones. Sólo sé que me sentí despavorido, aterrado, que temí que muriésemos aplastados bajo millones de toneladas de roca, pues los sonidos que llegaban hasta mí eran los propios de un potentísimo seísmo. Luego sucedió la vibración... Perdí todo sentido de la realidad. Sólo puedo decirte que de repente no sentí ningún temor, como si una fuerza inconmensurable velase por nosotros. En un momento determinado abrí los ojos. Había una luz muy viva, rojiza, alrededor de ese prisma color azabache. Y me pareció ver una figura. La silueta de un anciano venerable que giraba lentamente y nos contemplaba a todos con gran bondad v mansedumbre. Pero me vi obligado a cerrar los ojos, tan fuerte era el fulgor. Tampoco podría jurar que fue esto lo que vi, exactamente cuando Aairah volvió a cantar, abrí los ojos y vi ese prisma o bloque de piedra, absolutamente fundido. Aairah siguió cantando hasta que la luz rojiza fue decreciendo paulatinamente. Eso es todo.

Me volví hacia Qokral.

—Dime, *praxana* —supliqué—, ¿Fue eso lo que tú viste o percibiste?

Qokral parpadeó, confuso.

—Yo también abrí los ojos dos o tres veces —declaró—. Pero no vi un anciano, sino a una preciosa mujer *kooxee* que me contemplaba con una dulce expresión. Luego... no vi nada más.

¿Cómo se entendía aquello?

Landfield y Qokral divergían en sus «visiones» del prodigio. Cada uno acababa de darme una versión absolutamente diferente.

Me recosté en el peldaño rocoso y les miré, asombrado.

Sin que nos diésemos cuenta, la luz que penetraba por a chimenea había decrecido hasta convertirse apenas en un fulgor mortecino. Debía haber anochecido ya. ¡Y Aairah no volvía...!

Sentía un desconsuelo tan intenso que apoyé mis manos en el profesor y Qokral.

—¿No volverá?' —pregunté, desesperanzado. —Ten confianza, *praxana,* ella dijo: «...volveré en cuando haya cumplido mi misión».

Volverá, estoy seguro —respondió Qokral.

Me dejé caer sobre la grada, extenuado. No tenía sed. Ni siquiera hambre. Sólo deseaba que Aairah apareciera.

Debí quedarme dormido durante largo tiempo. Nunca podría averiguar cuánto exactamente, pero cuando desperté comprobé, asombrado y temeroso que al profesor y al *wayashi* les habían crecido las barbas exageradamente.

Entonces alcé las manos y palpé las largas guedejas de mis propias barbas.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido? —clamé desesperado, girando la mirada alrededor del inmenso circo subterráneo.

—Sólo un ciclo de Woom —respondió una agradable voz de mujer.

Me volví vertiginosamente y vi a Aairah.

Sonreía tranquilamente y avanzaba hacia nosotros tendiéndonos las manos. Ya no lucia la malla de oro en los cabellos ni el fabuloso pectoral de *tchikal* y piedras preciosas, ni si quiera el brillante vestido del mismo metal. Ahora, una sencilla túnica blanca cubría su magnífico cuerpo escultural. Entonces advertí que había un nuevo prisma negro en el centro del santuario. Junto a él aguardaba una jovencita ataviada con las galas de sacerdotisa, las mismas que había vestido Aairah anteriormente.

Aairah había sido relevada por fin. Pero había transcurrido tanto tiempo… . .

—Un año, sólo un año —dijo Aairah—, Un ciclo completo de Woom. Comprended que no podía dejar a Phairal sin haberla iniciado por completo en el culto al Magnánimo, pero ahora nuestro tiempo ha terminado. Venid conmigo. Hemos de darnos prisa. Un nuevo éxodo de *koxees* se acerca. Acércate, *txokai*.

Me incorporé y la tomé con mis trémulas manos.

—¡Eres… eres de carne y hueso! —exclamé, maravillado y feliz.

Ella sonrió alegremente.

—¿Qué imaginabas? —dijo—. ¡Sólo Horwon es superior! Los demás sólo somos *boxees*, es decir, seres humanos, aunque creyentes y justos. Hemos ganado la felicidad de Konkrai. Seguidme. Ya llegan

oleadas de *koxees* con sus ganados.

Cruzamos bajo el imponente marco granítico. Cuando pasábamos bajo aquella formidable losa que colgaba en lo alto, avivé el paso, temeroso aún de que se precipitase sobre nosotros y…

Pero nada ocurrió.

Con paso ligero, caminamos por la gran galería subterránea. A lo lejos brilló una luz espléndida, natural.

Cuando nos acercábamos a la salida, aflojé mi paso sensiblemente.

—¿Qué te ocurre, *txokai*? preguntó Aairah con dulzura— ¿Aún dudas?

Había adivinado clarividentemente mis zozobras.

En realidad… ¿era posible que una inmensa caverna una montaña entera, pudiera trasladarse a un lugar tan lejano en un entorno absolutamente diferente del árido desierto de Kassi?

Miré a Aairah con apasionada insistencia. En el fondo de sus ojos gris-plata encontré la verdad; quizá para los hombres hubiera límites, pero no para Horwon, el Omnipotente.

Confiado ya tomé la mano de Aairah y seguimos a Qokral y el profesor Landfield, que nos precedían con veloces y grandiosas zancadas.

De pronto nos encontramos en el exterior. Mire a derecha e izquierda, deslumbrado.

Lo que mis ojos contemplaron en nada se parecía al reseco valle que nosotros habíamos cruzado para penetrar en el templo subterráneo de Korshborroxon. Lo que veía ahora era un dilatado vergel, poblado de frutales y huertos, cruzado por pequeñas y rudimentarias acequias y limitado, en la lejanía, por frondosas laderas arboladas.

Allá a la izquierda, los pastores apacentaban a sus gigantescos y mansos *xeboos* en una interminable y hermosa pradera.

Por encima de los bancales brillaba, espejeante, la superficie liquida de un río. A la derecha, mis ojos se llenaron con la policroma y abigarrada exuberancia de las terrazas ajardinadas, junto a las cuales se elevaban las limpias y hermosas cabañas.

—¡Konkrai! —exclamé, exultante de alegría.

Qokral dejó escapar un gritito de gozo.

—¡Es Konkrai, *praxana*! —chilló, dando saltos alrededor de nosotros.

—Konkrai —pronunció el profesor Landfield, con voz soñadora—. Esta es la tierra en la que, cuando me llegue la hora, moriré en paz.

Luego tomó a Qokral por un brazo y ambos se alejaron conversando animadamente.

Me volví hacia Aairah y temblé de pura emoción.

¡Era tan bella tan deseable, tan... humana, por fortuna!

—*Kubrii* Landfield buscará la compañía de los ancianos *kooxees*, que han atesorado sabiduría a lo largo de años. Será feliz escuchando sus historias y relatos de caza en las inhóspitas llanuras del Desierto de Kassi —dijo Aairah— Y Qokral encontrará aquí la serenidad y la comprensión que sus congéneres le negaron. Buscara una jovencita *koxee* y probablemente tendrán muchos hijos...

—¿Y yo? —pregunté, inseguro.

—Tú y yo —rectificó ella, sabiamente—. Nuestro destino va unido hasta el fin, *txokai* —pronunció con fervoroso recogimiento, con fe absoluta—. Tampoco a ti te hicieron justicia pero aquí serás feliz y olvidarás todo lo que hay mas allá de los farallones que protegen Konkrai. Cuando nos ha vamos amado, verás como mi vientre crece día a día. Esperaremos ilusionados un hijo y todos los que Horwon quiera enviarnos. Criaremos hortalizas y flores, tú te marcharás de caza con los hombres fuertes y saludables de Konkrai, formaremos nuestro hogar.. Viviremos y nos amaremos.

La oía hechizado. El futuro que ella sabía dibujar me devolvía la confianza. Sin embargo, una pregunta pugnaba por concretarse en mis labios.

Aairah. la maravillosa Aairah, debió adivinarlo, porque sonrió irónicamente y dijo:

—Dilo ya.

—Está bien. Dime sólo una cosa, Aairah... ¿viste alguna vez a Horwon? —pregunté, con ansiedad—. Para Landfield, ora un anciano venerable y bondadoso, para Qokral, una bellísima joven *koxee*...

¿Cuál es la verdad?

No se borró la sonrisa en sus carnosos labios.

—¿La verdad? Respecto a Horwon, no la conozco. Sólo tengo fe. Pero Horwon puede ser multifacético. Para Landfield era un anciano sabio y venerable, justo y lleno de mansedumbre. Es decir, el reflejo de su ideal personal. Qokral, por el contrario, es joven y está en edad de amar a una mujer, joven y sana: por eso vio a una mujer de esas características. En cuanto a mí, jamás abrí los ojos en presencia de Horwon… excepto la ultima vez. ¿Sabes que es lo que vi en medio del resplandor cegador? Vi a un hombre de mirada serena y profunda, de cabellos de oro y músculos de luchador. ¡Y ése eras tú! Horwon me anunció tu llegada. A partir de ese momento, sólo deseé que ello ocurriese en seguida. Por eso, cuando quise ver a Horwon, te vi a ti *txokai* —explicó fogosamente.

Temblé antes de abrazarla. Y me estremecí de voluptuoso placer cuando su cuerpo lleno de vida se pegó al mío. Luego la besé en los labios y una intensa dulzura me invadió.

Al cabo, mi instinto se desató. Cuando mis manos, ávidas, comenzaban a acariciar aquel cuerpo prodigioso, ella se zafó sin violencia.

—No aquí, *txokai* —respondió, separándose dos pasos—. Allá en lo alto… ¿Ves aquella colina, una caballa que domina el valle? Es allí donde…

No la dejé terminar. Tomé su brazo y corrí, atrayéndola con todas mis fuerzas.

—Al fin he comprendido, *txokai* —susurré apasionadamente cuando llegamos arriba.

FIN



(1) Personaje mitológico que robó el fuego del cielo para uso de los mortales. Como castigo, Zeus lo encadenó a una roca, en Escitia, donde acudía todos los días un águila a devorarle el hígado, que se regeneraba cada noche. Prometeo sufrió ese tormento según el relato mitológico hasta que Hércules le liberó, después de dar muerte al águila.

(1) Pronunciación aproximada del apellido del protagonista. McLean.